

FUENTIDUEÑA

Se alza la amurallada villa de Fuentidueña en el extremo norte de la provincia de Segovia, allí donde ésta se encuentra con las de Burgos y Valladolid. Ocupa un espacio ligeramente quebrado, con algunos escarpes calizos esculpidos por el río Duratón y sus pequeños afluentes, en un territorio que sirve de transición entre la Serrezuela situada al nordeste y las llanuras endorreicas de Cantalejo, hacia el suroeste. Es una comarca agrícola, con baja densidad de población, situada a 72 km de Segovia, a 80 de Valladolid y a bastante menor distancia de otros núcleos –capital del Partido Judicial–, 25 de Peñafiel y 23 de Cantalejo.

En el estrecho valle que aquí forma el Duratón, de abundantes fuentes, el caserío se dispone sobre una ladera orientada al norte, siendo manifiesta la evolución histórica del urbanismo de la villa, que desde sus orígenes medievales en la parte más alta del cerro, se ha ido desplazando hacia la ribera del río, en un proceso que incluso se ha acelerando en las últimas décadas. Así, el solar más antiguo de la villa, en el entorno del casi desaparecido castillo y de la arruinada iglesia de San Martín, es hoy –y al parecer desde hace siglos– un despoblado que ni siquiera tiene la calificación de suelo urbano, constituyendo en buena parte una única propiedad privada.

El casco urbano actual ocupa el tercio inferior del recinto amurallado y la zona extramuros contigua y aunque parece ser que ya fue una zona muy vital durante la Edad Media, como demuestra la propia existencia de la iglesia románica de Santa María y sugiere el hecho de encontrarse aquí el monumental puente, es en los últimos decenios cuando la zona ha conocido cierta expansión, con la edificación de nuevas viviendas en el sector más cercano al río, un espacio en otros tiempos sometido a inundaciones estacionales pero hoy salvaguardado de las mismas mediante la regulación del caudal que hace el embalse de Las Vencías, situado a 2 km en dirección sureste.

Fuentidueña. Vista desde el noroeste



Aunque algunos amores patrios hayan querido remontar la existencia de Fuentidueña a tiempos visigóticos, y a pesar del hallazgo de una moneda romana, lo cierto es que las primeras noticias de la villa no se documentan hasta la plena Edad Media. Aun así este territorio fue escenario de una importante actividad militar desde que en el año 912 se consolidasen las fortalezas cristianas de Osmá, San Esteban de Gormaz, Clunia, Aza y Roa, dando lugar a una agitada frontera en torno al Duero que, con algunos vaivenes, permanecerá durante más de un siglo. A pesar de los problemas que causaron las aceifas de Abderramán III durante la primera mitad del siglo X y las terribles y siempre victoriosas incursiones de Almanzor durante la segunda mitad del siglo, la comarca debió ser repoblada muy tempranamente, como demuestra la existencia en 937 del monasterio de Santa María de Cárdaba –situado a un kilómetro de Sacramenia– y que en esa fecha donó el conde Fernán González a San Pedro de Arlanza. Algunos años más tarde, en el 943, aparece Asur Fernández, conde de Monzón, al frente de estas tierras, cuya cabeza debía situarse entonces en Sacramenia, donde se situaba un castillo que en el año 983 sería atacado por Almanzor.

Tras este bache vendrá la colonización definitiva del territorio, bajo los auspicios del conde castellano Sancho García, pero aunque poco a poco irán apareciendo algunas poblaciones que luego formarán parte de la Comunidad de Villa y tierra de Fuentidueña –Sacramenia, Torreadrada, Castro y Urdiales (943), Membibre de Hoz (1089), Cuevas de Provanco y Bernuy (1123)– de la villa no tendremos noticias hasta el 27 de marzo de 1135, cuando el rey Alfonso VII concede a la catedral de Segovia las décimas de los bienes reales. En este documento Fuentidueña es citada entre un elenco de villas de cierta importancia, por lo que cabe suponer que desde sus orígenes fue un asentamiento relevante.

Gonzalo Martínez Díez supone que la conformación de la Comunidad de Villa y Tierra de Fuentidueña tendría lugar a comienzos del siglo XIII, a tenor de que en un documento de 1207 en el que el rey Alfonso VIII confirma al monasterio cisterciense de Santa María de Sacramenia sus posesiones en el entorno, se habla de *in Fontedona uel in suo termino*, obviando cualquier otra referencias a poblaciones circundantes, lo que hasta entonces sí resultaba habitual. A las 21 poblaciones actuales que conformaron esa Comunidad el mismo autor añade 18 despoblados, tres de los cuales, Valcavado, Santa Cruz y Serranilla, se hallaban en lo que hoy es el término municipal de la propia Fuentidueña.

Muy interesantes para nuestra villa resultan dos documentos fechados en 1247 en los que el cabildo de la catedral de Segovia hace el reparto de rentas entre sus miembros. La razón es que aquí se mencionan, al margen de las distintas aldeas, hasta seis iglesias situadas en la propia Fuentidueña –ya entonces cabeza de un arciprestazgo–, a saber: San Juan, Santa María, San Miguel, San Esteban, San Martín, San Salvador. A ellas Luis-Miguel Villar García y Gonzalo Martínez Díez añaden la de San Pedro y el último además la de Santa Inés, pero nosotros no las vemos reflejadas en ninguno de los dos documentos, publicados en su día por el primero de los autores y que ambos toman como fuente.

La segunda mitad del XII y todo el siglo XIII debió ser en consecuencia una época dorada para la villa, que se rodeó de una amplia muralla que muy pronto quedaría desbordada por el lado septentrional, como atestigua la existencia ya del templo románico de Santa María. Es también en estos momentos cuando queda constatada la presencia de Alfonso VIII, quien desde aquí extenderá documentos entre el 14 de octubre de 1174 (aunque el de esta fecha parece ser falso) y el 20 de noviembre del mismo año, posteriormente el 7 y 8 de diciembre de 1204, e incluso fue aquí donde este monarca testó en esta última fecha, una última voluntad que permanecería en vigor hasta su muerte, acaecida en 1214, tal como recogen otros documentos posteriores: *cum dominus Adefonsus, illustris rex Castelle et Toleti, apud Fontemdoniam infirmaretur, suum ibidem condidit testamentum*. El prestigio de Fuentidueña dentro de las villas del reino se manifiesta igualmente en el hecho de que es una de las que juraron fidelidad al tratado que suscribieron en Seligenstadt el 23 de abril de 1188 Alfonso VIII y el emperador alemán Federico I Barbarroja mediante el que

concertaron el matrimonio de sus hijos Berenguela y Conrado. También Fernando III, firmará cartas en esta villa entre el 28 de mayo y el 17 de julio de 1222, lo que pone de manifiesto que el monarca no estaba simplemente de paso sino que la corte permaneció en Fuentidueña unos dos meses, con lo que esto suponía en cuanto a capacidad de acogida. Su hijo y heredero, Alfonso X, también consta que pasó por Fuentidueña el 6 de abril de 1274, desde donde concedió una suculenta donación al monasterio de Sacramenia. Todas estas circunstancias de evidente desarrollo debieron atraer igualmente a linajudas familias, y así, a lo largo del siglo XIII, según cuenta Justo Hernansanz, parece que se asentaron en la villa algunas ramas de los Lara. Pero esta situación no debió perdurar mucho tiempo más y quizás el desplazamiento del peso económico y social del reino de Castilla hacia la meseta sur y Andalucía –a lo cual contribuyeron también algunos vecinos de Fuentidueña– provocó el lento declinar de una villa cuya evidente función militar y administrativa era la base principal de su existencia.

Esta situación de declive se constata en el año 1308, cuando la infanta Isabel, hija de Sancho IV, “por façer bien y merçes a todos los xpianos y xpianas, moradores en la villa de Fuentidueña de la çerca adentro y a los que moraren de aquí adelante y porque se pueble la villa mejor otórgoles y confírmoles todas las cartas y los preuilegios que ellos tienen de los Reyes donde yo vengo, de las franqueças y de las livertades que les dieron y por les hacer más merçes quítoles de aquí adelante de todos los seruicios que ellos ouieren a dar”. Tal privilegio confirma que nos hallamos ante una población en franca decadencia, más aún la zona intramuros, la que habitualmente servía para delimitar jurídicamente una villa y a la que en este caso va dirigido explícitamente el privilegio de la infanta. Pero se abrían unos tiempos difíciles para todo el reino, que se vio sumido en continuos levantamientos y banderías, de cuyas repercusiones no se escapó nuestra villa, cuyo territorio fue asolado en 1336 por las tropas aragonesas que iban en apoyo del rebelde infante don Juan Manuel, fortificado en su villa de Peñafiel.

Otro de los fenómenos característicos de este siglo XIV, la creciente señorialización de los tradicionales realengos, afectará igualmente a Fuentidueña, que Alfonso XI entregará a su bastardo don Tello, uno de los hombres con mayores dominios en todo el reino y que posteriormente será uno de los rebeldes Trastámaras que disputarán la corona al legítimo rey Pedro I. Durante el primer levantamiento, que tuvo lugar en el año 1352, Fuentidueña tuvo que ser sometida por las tropas reales y aunque todavía entonces don Tello la mantuvo en su poder, acabaría perdiéndola años más tarde, recuperándola de nuevo con la subida al trono de su hermano Enrique II. Fallecido el señor en 1370 el rey se negó a cumplir su testamento, que disponía el traspaso de sus dominios a sus hijos, todos ellos naturales, de modo que la villa permaneció en la corona hasta que el sucesor de Enrique, Juan I, la volvió a entregar en señorío en 1379, ahora a Juan Rodríguez de Castañeda, hijo de Rodrigo González de Castañeda quien había intentado apropiarse del lugar durante las guerras trastámaras, aprovechando la rebeldía de don Tello. Desde entonces Fuentidueña permaneció en manos de los Castañeda hasta los años centrales del siglo XV. Durante este período su castillo sirvió de prisión al adelantado de Castilla, Pedro Manrique, suegro de Rodrigo de Castañeda, a la sazón señor de la villa. Corrían los años 1437-1438 y el adelantado consiguió huir con la connivencia de sus guardianes, muriendo poco después don Rodrigo sin herederos por lo que el rey Juan II entregó este dominio en 1443 a don Pedro de Luna Manuel, hijo bastardo de don Álvaro de Luna –después legitimado–, quien tomará posesión de la villa en 1446. Desde entonces los Luna permanecieron varios siglos como señores de Fuentidueña, como atestigua su prolífica heráldica repartida por casas, murallas y templos. Casó Pedro de Luna con Elvira de Ayala, padres de Álvaro de Luna, quien matrimonio con Isabel de Bobadilla y heredó la villa en 1490. A Álvaro le sucedió en 1519 Pedro de Luna Bobadilla, casado con Aldonza Manrique, de quienes fue hijo Álvaro de Luna Manrique, casado con Mencía de Mendoza –hija del tercer conde de Miranda– y señor de Fuentidueña desde 1542, un año después del fallecimiento de su esposa, quien había dispuesto en su testamento que, por morir sin hijos, sus bienes se dedicaran a fundar el hospital

de La Magdalena. Fallecido don Álvaro sin descendencia, Fuentidueña pasó a su tío Álvaro de Luna Bobadalla, quien la traspasó inmediatamente a su hijo Antonio de Luna Valori, nacido en la propia villa en 1512, casado en primeras nupcias con Leonor Sarmiento y en segundas con Francisca de Rojas. Falleció en 1581 y heredó sus estados su hijo mayor Álvaro de Luna Sarmiento, casado con Isabel Enríquez, cuyo heredero fue Antonio de Luna Enríquez.

En 1602 el rey Felipe III concedió a Antonio de Luna el título de conde de Fuentidueña, aunque poco pudo disfrutar de él pues murió en 1605, sucediéndole su hija Ana de Luna Enríquez y Mendoza, habida con su esposa Juana de Mendoza y Toledo, pero ya entonces la vinculación de esta familia con la villa empezaba a ser menos directa. Hijos de doña Ana fueron Cristóbal Portocarrero Luna, el heredero de la casa, que murió tempranamente y Antonio, conde de Obedos, pero su sucesor, tercer conde de Fuentidueña, fue su nieto Cristóbal Portocarrero de Guzmán Luna y Enríquez, de quien pasó a su hijo Cristóbal Gregorio Portocarrero Funes de Villampano, presidente del Consejo de Indias y que en 1720 levantó junto a su palacio la capilla de la Virgen del Pilar. Heredó los dominios de éste su nieta María Francisca de Sales Portocarrero, que en 1768 casó con Felipe Palafox y Croy de Habre, de quienes fue sucesor su hijo Eugenio Portocarrero y Palafox, que combatió contra Napoleón y murió sin sucesión en 1834, pasando sus dominios a su hermano Cipriano, que precisamente había participado en la Guerra de la Independencia al lado de las tropas francesas. Hijas y herederas de Cipriano Portocarrero y Palafox, que debió exiliarse a Francia, fueron Francisca y Eugenia. La primera heredó los títulos de condesa de Fuentidueña y de Montijo, casando con Jacobo Luis Stuard Fitz-James, duque de Alba; la segunda, condesa de Teba y Marquesa de Osera, lo haría con el emperador de Francia Napoleón III. Ostenta hoy el título de condesa de Fuentidueña Cayetana Fitz-James Stuard, duquesa de Alba.

Texto y fotos: JNG

Santa María

Bibliografía

BENITO MARTÍN, F., 2000, p. 193; DÍAZ MARTÍN, L. V., 1997, II, doc. 592; GOLVANO HERRERO, M^a A., 1977; GONZÁLEZ, T., 1829 (1982), pp. 64, 331; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1960, II, docs. 212, 213, 214, 397 y III, docs. 673, 687, 768, 769, 810, 929, 969, 970, 976; HERNANSANZ NAVAS, J., 1985; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), pp. 84-85; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, pp. 397-405; RODRÍGUEZ PÉREZ, E., 1975; SANZ Y SANZ, H., 1988, docs. 34, 159, 350-352, 359, 360, 362, 363, 366; SIGUERO LLORENTE, P. L., 1997, pp. 96-97; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 18, 19, 25, 29, 65, 68, 69, 77, 90, 104, 140, 141, 144, 192, 245; ZABALZA DUQUE, M., 1998, pp. 186-192.



Inscripción medieval

Murallas y castillo

LA PRIMITIVA VILLA se rodeó seguramente desde el mismo momento de sus orígenes de una extensa muralla de cal y canto que además muy pronto se vio desbordada por el lado septentrional, aunque con el paso de los siglos buena parte del espacio interior quedaría yermo.

No se conocen noticias referidas a su construcción o a las numerosas reformas que atestiguan sus paramentos, aunque cabe suponer que la mayor parte de lo que ha sobrevivido se deba a la cerca original, levantada en los momentos de esplendor de la villa de fines del XII y siglo XIII, con reconstrucciones llevadas a cabo en los siglos bajomedievales, cuando fue un hecho generalizado el reforzamiento de los muros en muchas villas a consecuencia de las frecuentes luchas nobiliarias que entonces se desarrollaron. Estas reformas parecen verse claramente en algunos lienzos que fueron recrecidos, quedando inutilizados los primitivos merlones.

El muro, cuyo recorrido se adapta perfectamente a la sinuosidad del terreno, estaba reforzado por una serie de cubos de desigual formato y distribución que muy probablemente correspondan a distintos momentos, inclinándonos por la idea de que los cuadrangulares pueden pertenecer a la primitiva fábrica y los semicilíndricos —claramente adosados, al menos en alguno de los casos— a las reformas bajomedievales, estando éstos preferentemente asociados al sec-

tor del castillo. Además hay grandes tramos como el septentrional que no portan cubo alguno e incluso en el sector oriental, donde se abre un tajo rocoso, es muy posible que la muralla fuera una obra menor, pues es la zona más inaccesible para un asedio y además el único tramo donde apenas se han conservado restos.

El recinto conserva las tres puertas que al parecer siempre tuvo, aunque no podemos descartar la existencia de algún postigo, como era habitual, aunque no haya noticia alguna al respecto. La puerta de mediodía o de Trascastillo, la más próxima al castillo, se halla en el tramo de muralla mejor conservado, con un arco de medio punto entre dos altos cubos cuadrangulares, y creemos que es obra del siglo XIII, aunque reformada posteriormente empleando ladrillo. Hasta la reordenación de los campos circundantes extramuros mediante la concentración parcelaria se conservaba el camino original de acceso a la villa por este lado, muy modificado a partir de entonces, aunque todavía reconocible en algún tramo. Igualmente parece intuirse en esta parte meridional parte de un foso y restos de una antebarrera que precedía a la muralla y que a día de hoy está siendo objeto de fuertes agresiones por los cultivos.

La puerta noroeste o del Salidero es la que todavía sirve de entrada a la villa, aunque de ella sólo queda un cubo cilín-

Fuentidueña, vista desde el sur





La villa desde el noroeste



Murallas



Puerta de Trascastillo

drico –con el vano de salida al adarve– y un contrafuerte que luce un escudo de los Luna objeto de *damnatio memoriae*. Esta puerta debió ser la más importante, al menos en época bajomedieval, e incluso su acceso estaba controlado desde la casa frontera intramuros mediante al menos una saetera que directamente vigila el acceso.

La tercera entrada es la puerta de la Calzada, situada hacia el nordeste y formada por un sencillo paso abierto en un corto quiebro del trazado que aparenta la forma de cubo cuadrangular. Ha desaparecido el recerco del arco pero conserva parte de los merlones que la coronaban y un erosionado escudete en el que es prácticamente imposible reconocer las armas.

En la parte más alta del recinto amurallado y asociado al mismo se conservan los restos del castillo, hoy, al ser propiedad privada, rodeados por una valla que impide su libre acceso y análisis. No es mucho lo que queda de él, aunque Justo Hernansanz dice que tenía “dos puertas, a las que se pasaba mediante puente elevadizo, una al norte, que daba a la Villa, dentro de murallas, y la otra al Sur, que salía a la cumbre del cerro, fuera de murallas”. Este mismo autor, que aporta el dibujo personal de una hipotética reconstrucción de la fortaleza, nos cuenta que algunos ventanales y escudos de los Luna se encuentran hoy colocados en el castillo de Castilnovo.

Los restos del castillo de Fuentidueña fueron sacados a subasta pública por el Estado en el año 1970 y de nuevo en 1972, pasando entonces a propiedad privada. Hace algún tiempo su actual propietario llevó a cabo una discutida intervención en el solar, que parece no afectó mucho a los muros conservados pero sí al yacimiento arqueológico, pudiéndose contemplar ahora en el lugar una construcción de nueva planta que ejerce la función de bodega.

En el extremo opuesto al del castillo se debía hallar otra importante edificación adosada a la muralla, cuyos últimos restos se pueden apreciar en la plaza del ayuntamiento. Se trata de dos ventanales parejos formados por arcos escarzanos, con arrimaderos en el interior desde donde se puede observar una magnífica vista de la vega del Duratón. Son los últimos restos de lo que debió ser una construcción de carácter palacial, sobre los que recientemente se han colocado unos merlones, en una solución tan imaginativa como indocumentada y en consecuencia carente de sentido.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

AA.VV., 1987a, p. 108; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), p. 712; VERA, J. de y VILLALPANDO, M., 1955.

Iglesia de Santa María la Mayor

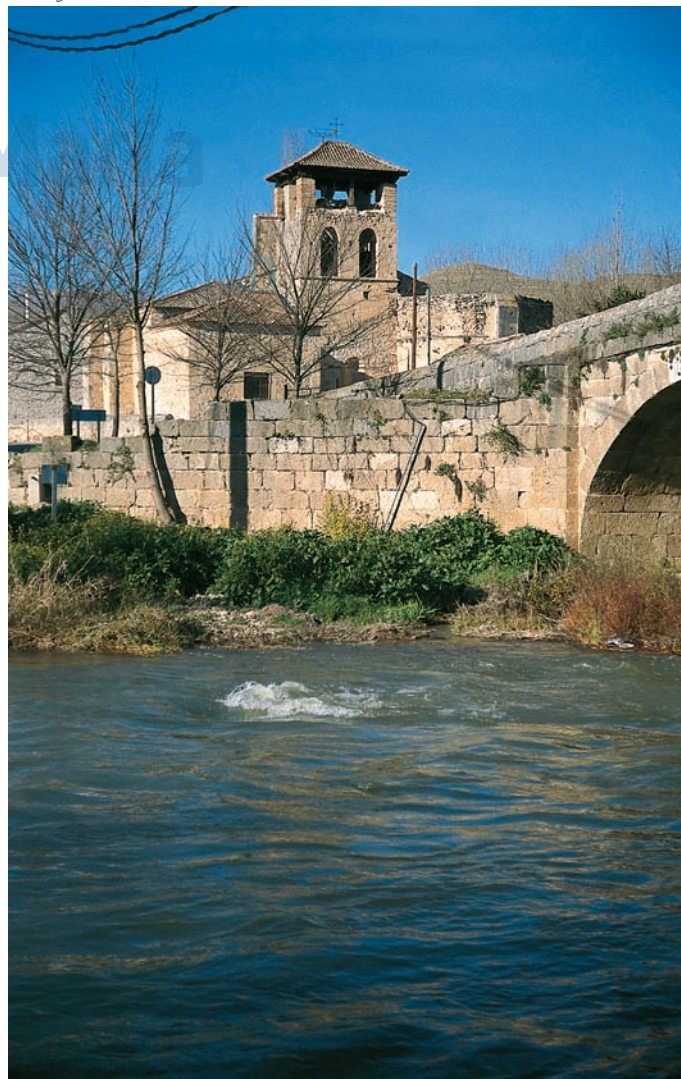
ESTA IGLESIA FUE CONSTRUIDA extramuros ya en un momento muy temprano de la puebla, junto al puente sobre el Duratón, posiblemente por aquellos siglos reducido a un simple vado. Fue un templo muy amplio levantado a base de encofrado de cal y canto y conformado en origen por tres naves, la central presidida por un gran ábside semicircular y las laterales por absidiolos cuadrangulares. Las transformaciones que ha sufrido el conjunto a lo largo de su historia han alterado notablemente su imagen, de modo que a veces resulta complicado llegar a saber los detalles constructivos del templo original, aunque la interpretación que aporta Justo Hernansanz es pura elucubración sin la más mínima base documental: "Esta iglesia, situada junto al puente, es la más antigua de la Villa. Sufrió múltiples reformas, siendo en principio una de las ermitas de los tiempos suevos, a la que se fueron añadiendo en el siglo XI otras capillas y un ábside con bóveda de medio horno (...). Probablemente esta ampliación se hiciera bajo los auspicios de Alfonso VI y por eso estuviera en ella aquella referencia y anagrama que comentamos en la nota de las repoblaciones", aludiendo el autor aquí a un epígrafe del AVE MARÍA que él interpreta como anagrama de ese monarca, cuando en realidad es de los siglos XVII o XVIII.

Los restos más antiguos conservado se remontan a época románica, correspondiendo a la caja de muros de las naves, con sus ábsides correspondientes –el septentrional muy maltratado, incluso con una destrucción parcial acometida recientemente– y con tres portadas al parecer originales, una al sur –que da paso a la única nave actual–, otra a poniente –que sirve de entrada al cementerio– y otra al norte, cegada hace siglos.

Este templo fue de tres naves separadas por arcos de los que apenas si queda algún vestigio, cubriéndose seguramente con armazón de madera, sin abovedamiento alguno. A pesar de la amplitud de su fábrica aquel edificio era de humilde aparejo y casi nula decoración escultórica, de la que ha sobrevivido *in situ* un capitel del arco triunfal del ábside mayor, con doble serie de hojas lisas rematadas en medias bolas, y otro capitel descontextualizado que pudo ser el frontero del anterior y que porta dos leones afrontados sobre pequeños helechos. Otro capitel más, igualmente fuera de contexto pero posiblemente perteneciente a una ventana, se halla en el esquinual suroeste, mostrando decoración vegetal de hojas puntiagudas que se enrollan en los extremos, con profusa labor de trépano.

La construcción de estos restos más antiguos la podemos cifrar en el entorno del año 1200, pero ya en época gótica –sin que podamos concretar mucho más– sufrió su primera reforma, provocada seguramente por un hundimiento. Entonces se levantó una espadaña sobre el testero del absidiolo meridional –que en imprecisos tiempos posteriores se convirtió en torre–, se reforzaron los ángulos de los dos absidiolos, se colocó un contrafuerte sobre el central y parece ser que entonces se reconstruyeron dos de las tres antiguas portadas románicas, la del sur y la del oeste, las dos más importantes. Igualmente es muy posible que entonces se elevaran los muros laterales de las naves norte y sur, igualando en altura a la nave central que en origen creemos que destacaba sobre las laterales.

Vista general





Exterior desde el noreste



Interior del ábside

Torre



Cabecera



Quizás los mismos problemas que provocaron esas reformas fueron los que se reprodujeron a finales del siglo XVI, aunque ahora la solución aportada fue muy distinta, reduciéndose drásticamente el espacio dedicado al culto, que se concentró en la nave sur y en una estrecha franja de la antigua nave norte, quedando el resto sin cubierta y en estado de abandono, comunicándose mutuamente mediante una vieja portadita gótica que se remontó en el

nuevo muro de separación de ambos espacios. Esta decisión posiblemente se tomó porque los mejores tiempos de la villa estaban ya muy lejos y no era necesario un templo tan grande para cubrir las necesidades religiosas del barrio. La obra de "toda esta iglesia", según consta en una inscripción que se dispone sobre la portada sur, la pagó la propia parroquia con ayuda de uno de los curas, dándose por acabada en el año 1576.



Portada occidental



Portada



Interior



Capitel de la antigua capilla mayor



Vista de la nave usada como cementerio

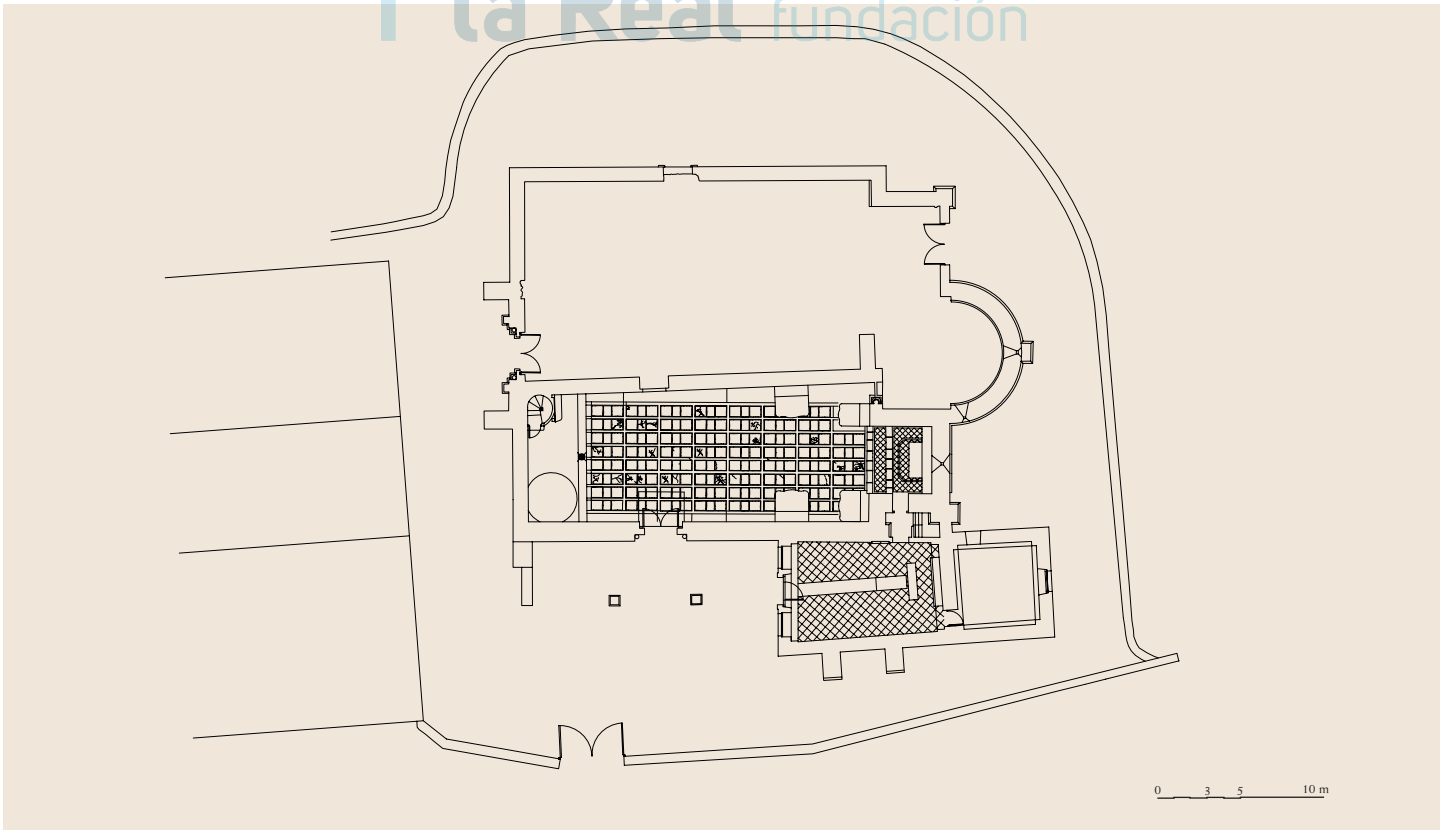


Portada meridional



Alzado sur

Planta



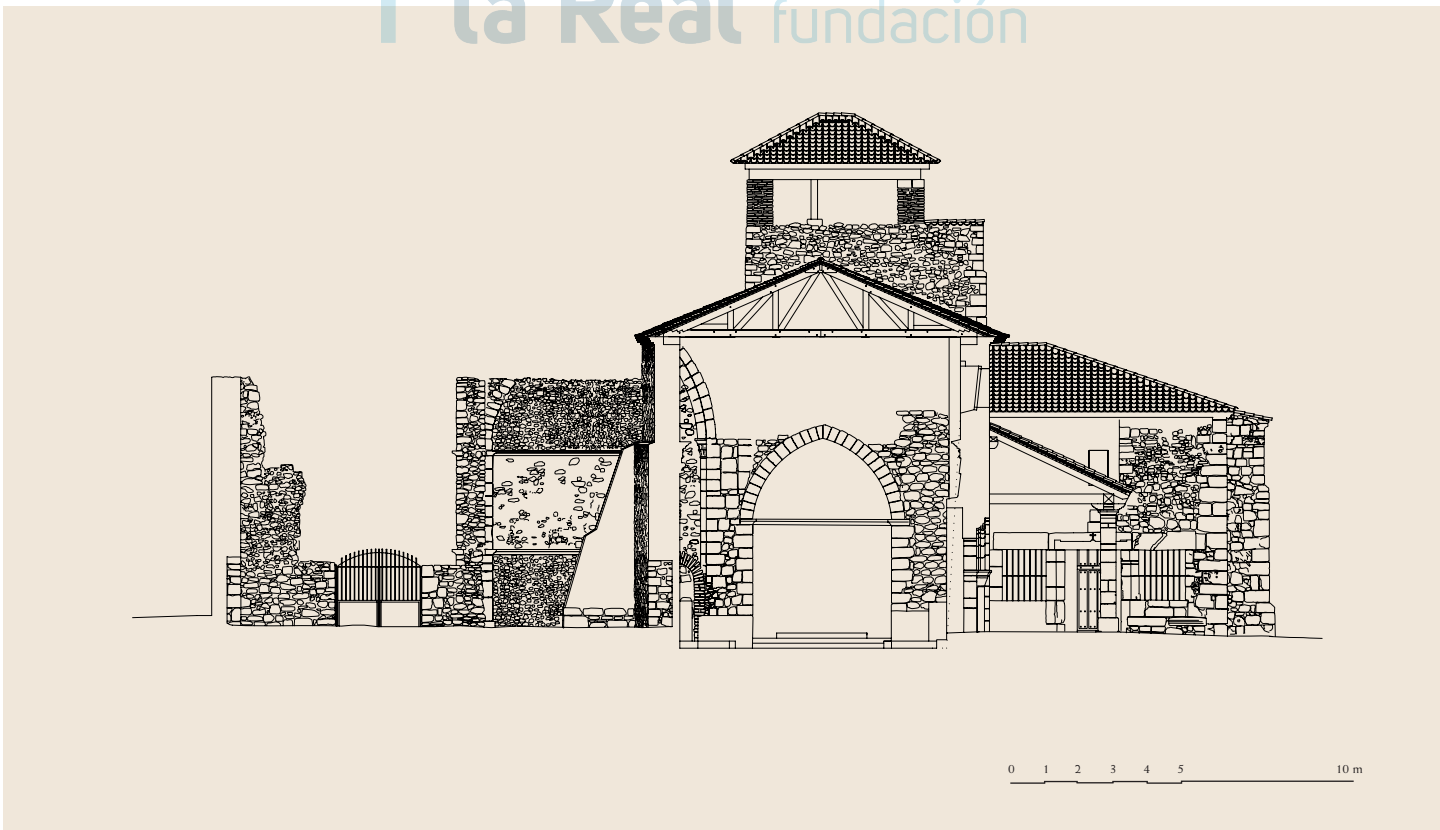
Santa María
la Real fundación



Alzado este

Sección transversal

Santa María la Real fundación





Capiteles descontextualizados



Un siglo después de nuevo se llevan a cabo una serie de reformas, que ahora consisten en añadir una pequeña ermita al costado meridional del viejo templo. No es una capilla propiamente dicha pues tiene entrada independiente y la estructura de un pequeño templo, aunque comunicaba con el absidiolo de la iglesia por una pequeña puerta. Esta ermita, bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, hoy se presenta partida por un tabique, quedando la nave dedicada al culto y la cabecera cuadrada, cubierta con cúpula, como sacristía. Según Justo HERNANDEZ fue construida en el año 1606, aunque una inscripción trazada en la ventana del testero dice que la obra se hizo en el año 1693, siendo cura Juan de Olmos, personaje que falleció en diciembre de 1695 y que se halla enterrado en el interior.

Tras esta última fecha todavía se documentan otras reformas de menor importancia. Así se levantaron otras dos estancias menores que unían por el exterior la cabecera de la ermita con el antiguo ábside mayor románico, pero la estructura general no sufrió alteración. El culto siguió concentrado en la original nave de la epístola y en la nueva ermita pasando en el siglo XIX, con la política de sacar los cementerios del interior de los templos –aunque quizás ya pudo haber ocurrido antes– a albergar el camposanto del barrio de abajo, función que aún hoy desempeña.

Hace escasos años la cubierta del templo sufrió un nuevo hundimiento, que muy recientemente ha sido recuperada, aunque el único culto que aquí tiene lugar queda reducido al pequeño pero bien conservado ámbito de la ermita de la Inmaculada Concepción.

No es mucho lo que queda del mobiliario. El retablo mayor barroco (siglo XVIII) es de dos cuerpos, policromado, con columnas salomónicas y cinco lienzos o tablas pintadas con escenas de la vida de Cristo. Hubo otros dos retablos laterales en la nave, de los que sólo queda el banco de piedra y algunos restos barrocos de madera diseminados por el templo. En la ermita de la Inmaculada hay un tosco retablito barroco policromado, del siglo XVIII, articulado en dos cuerpos, con tres tablas de muy escaso mérito –que ni siquiera pertenecen a este retablo– y con camarín central en el que se aloja una talla policromada de la Virgen, tocada con corona de plata, todo de época barroca. En la sacristía cabe reseñar la destaralada cajonería de nogal con cuatro cajones y un sagrario sobre ella, así como un Cristo barroco de madera policromada. En cuanto a la pila bautismal es una sencilla pieza lisa, semiovoide, que se hallaba a los pies de la nave y hoy se encuentra dentro de la ermita; es difícil aportar una adscripción cronológica, aunque por las marcas de talla parece incluso románica.

Texto y fotos: JNG - Planos: MSB/LGS

Bibliografía

GARMA MARTÍNEZ, D. de la, 1998, p. 170; GONZÁLEZ, T., 1829 (1982), p. 331; HERBOSA, V., 1999, p. 41; HERNANDEZ NAVAS, J., 1985, pp. 159-161, 191; NÚÑEZ GONZÁLEZ, S., 1932, p. 19; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), p. 713; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 140, 141.

Iglesia de San Miguel Arcángel

SITUADA EN LA ZONA más elevada del actual caserío, en la ladera meridional del cerro del castillo, la iglesia de San Miguel domina junto a éste la silueta del caserío de Fuentidueña. De la ocho parroquias que aparecen recogidas en el censo de 1247 es ésta –que contribuía con 15 maravedíes y cuatro sueldos y medio a la mesa capitular– la que mejor ha conservado su estructura original, aunque no exenta de reformas y añadidos, valores que avalaron su declaración como Bien de Interés Cultural en 1995. No obstante, a mediados del siglo XV su situación en cuanto a parroquianos debía ser delicada, pues tenía unida otra, que en la visita publicada por Bartolomé Herrero aparece en blanco –quizá la de San Martín– y junto a las escasas misas que acogía, el visitador recoge que tenía un “beneficio pobre”. En el censo de 1587 publicado por Tomás González se recogen 60 vecinos en la parroquia.

Se trata de un magnífico edificio de planta basilical y notables proporciones, levantado en sillería caliza labrada a hacha –prolija en marcas de cantero–, compuesto de nave única dividida en cinco tramos y cabecera orientada de ábside semicircular precedido de tramo recto presbiterial. Posee dos portadas, la denominada “de los Perdones”, abierta en el hastial occidental, y otra más emplazada en el muro septentrional del tercer tramo de la nave, hacia el caserío, ésta protegida por una galería porticada tardorrománica levantada con posterioridad al cuerpo del templo y muy reformada. Una robusta torre de planta cuadrada se dispone adosada al sur de los dos tramos más occidentales de la nave, con acceso desde el interior. A las citadas estructuras, erigidas en al menos dos campañas románicas, se vinieron a añadir sucesivas reformas, fundamentalmente durante el siglo XVI y bajo el patronazgo de las familias

Vista general



Luna, Sarmiento y Rojas. En épocas más recientes, diversas obras de restauración terminaron por configurar el aspecto actual del templo.

La cabecera, de generosas proporciones, parece mantener el porte de la primitiva pese a las reformas. Se compone de tramo recto presbiterial al que se acodilla un ábside semicircular, éste levantado sobre un zócalo de remate achaflanado –al exterior, pues interiormente muestra bocel y doble chaflán– aparejado en excelente sillería bien concertada. El tambor absidal se divide en cinco paños desiguales delimitados por semicolumnas alzadas sobre plintos prismáticos en el zócalo, con basas de perfil ático y garras en el grueso toro inferior decoradas con serpientes y hojas acogolladas. Horizontalmente, queda delimitado el hemicycle en dos niveles mediante sendas líneas de imposta, la inferior, bajo el cuerpo de ventanas, se decora con filete y triple fila de billetes, e invade los fustes de las semicolumnas que articulan el paramento; la imposta superior, que

prolonga los cimacios de los capiteles de las ventanas, recibe entrelazo de cestería.

En los tres paños centrales del hemicycle –dada la brevedad de los extremos– se abrieron sendas ventanas rasgadas, aspilleras abocinadas hacia el interior y rodeadas de arcos doblados de medio punto, con gruesos bocel los interiores, lisos los externos y exornados por chambranas con triple hilera de fino taqueado. Los arcos internos apean en columnas acodilladas de basas áticas degeneradas sobre plintos y capiteles de ruda factura, los exteriores todos vegetales menos uno, ornado con una ruda pareja de gallináceas afrontadas bajo cuyos picos se dispone un tallo trenzado. En el resto, las cestas se ornan con hojas carnosas y nervadas de bordes vueltos y remate superior de tallos trenzados con remate avolutado y hojas lisas rematadas por caulículos y corona inferior de ovas; en dos de ellas, de collarino perlado, se tallaron grandes hojas lanceoladas de espinoso tratamiento y remate de

Exterior



hojarasca y, por último, una deslabazada composición de corona inferior de hojitas ensiformes de nervio central y superior de entrelazo perlado. Las ventanas repiten esta disposición al interior, volviendo a dominar en sus capiteles los temas vegetales a base de hojas lisas rematadas en caulículos, tallos de puntas avolutadas y anudadas en el remate de la cesta, hojitas nervadas de espinoso tratamiento, acantos y hojarasca. Sólo dos cestas escapan a tales esquemas, y son la correspondiente al capitel izquierdo de la ventana central, ornada con dos niveles de bolas bajo arquillos y un piso superior de tallos y hojitas espinosas, y el capitel derecho de la ventana septentrional, con una pareja de grifos afrontados de cuellos vueltos. Los cimacios de estos capiteles, decorados con tallo ondulante y hojarasca, se continúan a modo de imposta por el interior del paramento.

Tres filas de billetes ornán la arista de la cornisa del ábside y presbiterio, soportada por una hilera de canecillos en la que se integran los capiteles de las tres semicolumnas. El del extremo meridional se decora con dos parejas de leones afrontados y encorvados que juntan sus cabezas en los ángulos de la cesta, sacando la lengua y asiéndose con sus garras al collarino. El capitel siguiente, que flanquea por el sur el paño central del hemiciclo, nos muestra el tema neotestamentario de la Huida a Egipto, con una representación arquitectónica en la cara sur, especie de puerta de muralla flanqueada por dos torres almenadas, la Virgen con el Niño en su regazo sobre la montura en el frente y en la otra cara a San José tirando de sus riendas; esta composición hará fortuna y la encontraremos, con un tratamiento muy similar, en un capitel del arco triunfal de Santa Marta del Cerro y en otro de un formero de San Millán de Segovia, aquí fuertemente impregnada del estilo de San Vicente de Ávila. El siguiente capitel se orna con tres parejas de bellas aves afrontadas de cuellos vueltos uniendo sus picos, al estilo de algunas cestas que ornán el pórtico de la iglesia de San Martín de Segovia y, por último, en el más septentrional encontramos la tradicional iconografía de la lujuria, bajo la forma de dos parejas de sirenas de doble cola que alzan sus apéndices con ambas manos, híbridos que con similar tratamiento los encontramos en prácticamente toda la geografía segoviana.

Una espléndida serie de canecillos ricamente decorados soporta las cornisas de la nave y cabecera. En su factura es de nuevo evidente la diversidad de manos escultóricas que los ejecutaron, concentrándose en la nave los de mayor calidad. Los cinco del muro meridional del presbiterio se decoran, de oeste a este, con una hoja nervada y lobulada de punta vuelta soportando una baya; un extraño híbrido de cuerpo de ave y cabeza felina de cuyo cuello



Ábside

nacen otras dos pequeñas cabecitas de ave; otro híbrido agazapado, probablemente un áspid, de cabeza y cuartos delanteros de felino y cola bífida de reptil; una fracturada serpiente de cuerpo enroscado y, en el codillo, una figura humana ataviada con un pesado manto de pliegues paralelos aplastados en zigzag, atavío y disposición que, como veremos, va a convertirse en uno de los iconos del taller y permitirá seguir su difusión por la provincia. El rostro de este personaje resume la caracterización fisonómica de este escultor: tocado con un bonete, muestra una construcción cuadrada, con profundas arrugas bajo los pómulos y recurso al trépano para vaciar las pupilas y las fosas nasales. Ya en el hemiciclo absidal, el siguiente canecillo nos presenta a un guerrero ataviado con larga túnica con cinturón y armado con un escudo oblongo y una lanza. Sigue otro con una hoja nervada rematada en caulículos, uno más muy destrozado y otros tres decorados con personajes: el primero es un obispo o abad ricamente atavia-

do con vestiduras ornadas de brocados y pedrería, mitra cónica y sosteniendo un destrozado báculo en la mano izquierda y un libro en la derecha; el siguiente es un músico que toca una especie de flauta de pan y el tercero, junto al capitel de la Huida a Egipto, es un infante ataviado con casco semiesférico que porta una rodela sobre la que cruza su lanza. Tras dos prótomos y otra pieza destrozada vemos dos canecillos figurados con sendos personajes de aire rústico, uno masculino ante un yugo, portando lo que parece un cayado y una vara de arrear los bueyes, y el otro femenino, velado, sosteniendo quizás un huso de hilar. Tras el capitel de las aves aparece un can con un descabezado cuadrúpedo; otro con una máscara monstruosa engullendo la cabeza de un personajillo, que se ase inútilmente a las orejas del diablo; sigue la figura de un acróbata realizando una contorsión que le lleva a colocar los pies sobre su cabeza; otro personaje sedente que debía sostener un objeto hoy perdido en su regazo, otro can rasurado y, en el extremo septentrional del hemicyclo, otro con una hoja de acanto.

Coronan el muro norte del presbiterio otros cinco modillones, los dos más orientales ornados con un muy gastado personaje sedente leyendo un libro que sostiene sobre sus rodillas y otro igualmente sentado, aunque ignoramos su actividad al estar fracturados sus brazos. En los tres restantes vemos una arpía de cabellera partida, un deteriorado personaje y una hoja picuda. En estos canecillos del ábside y pese a poder diferenciar al menos dos manos, el estilo es homogéneo con el de los capiteles de la cornisa. Su difusión alcanzará un extraordinario desarrollo por toda la provincia a través de la participación de alguno de estos artífices en el foco del Duratón y en el románico de la capital.

Los paramentos externos del presbiterio se ornan a media altura con una imposta de listel y nacela, animándose sobre ésta con dos arcos ciegos de medio punto sobre columna central a modo de mainel, disposición presente también en la expatriada cabecera de San Martín y repetida en la cercana iglesia de Cobos de Fuentidueña. Es pro-

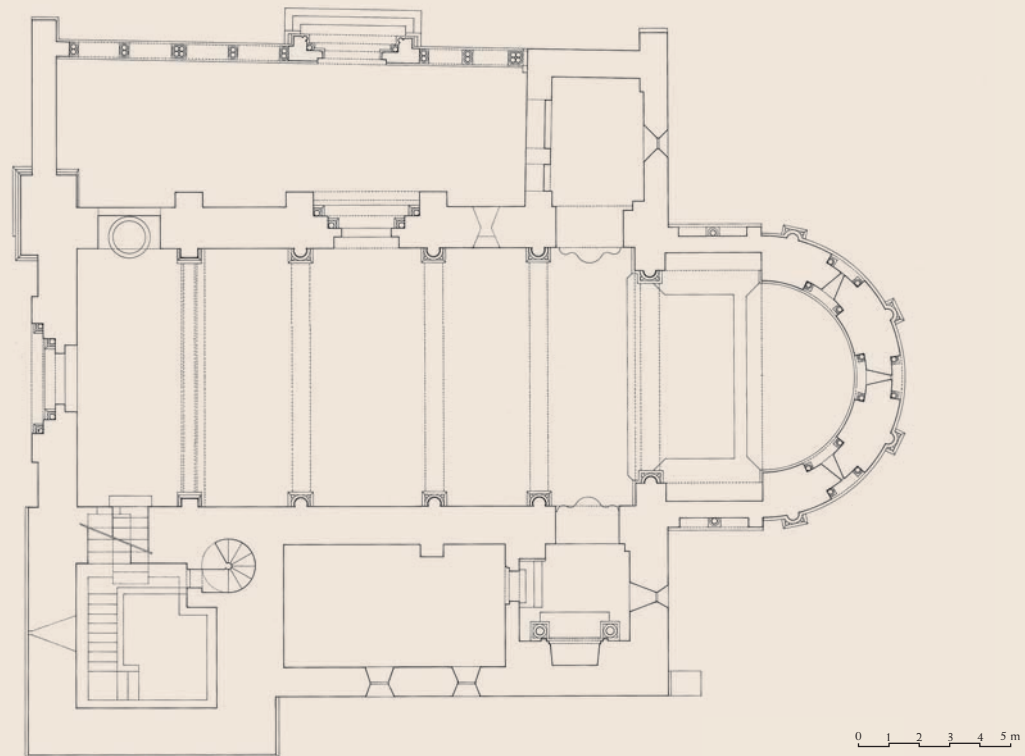
Fachada occidental



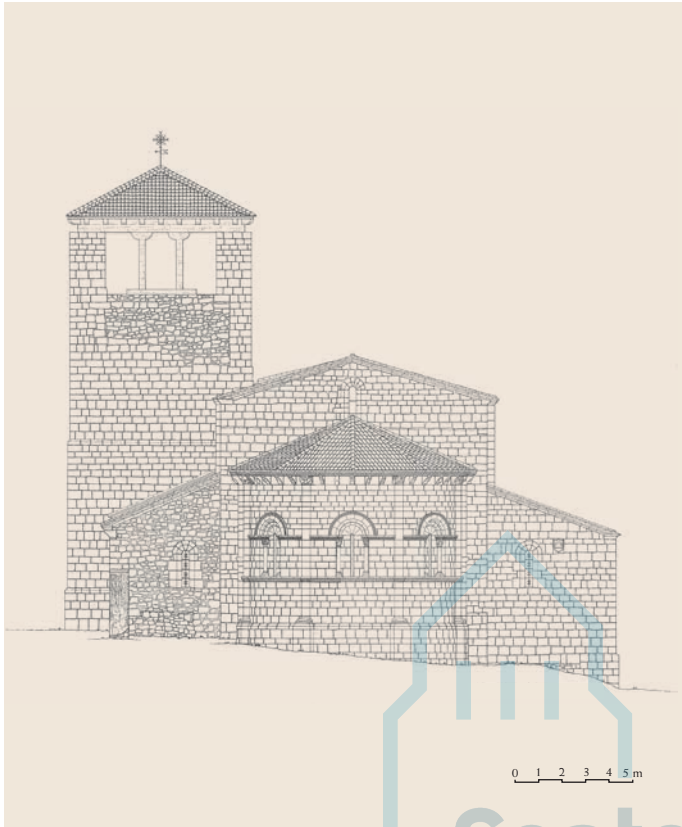


Alzado norte

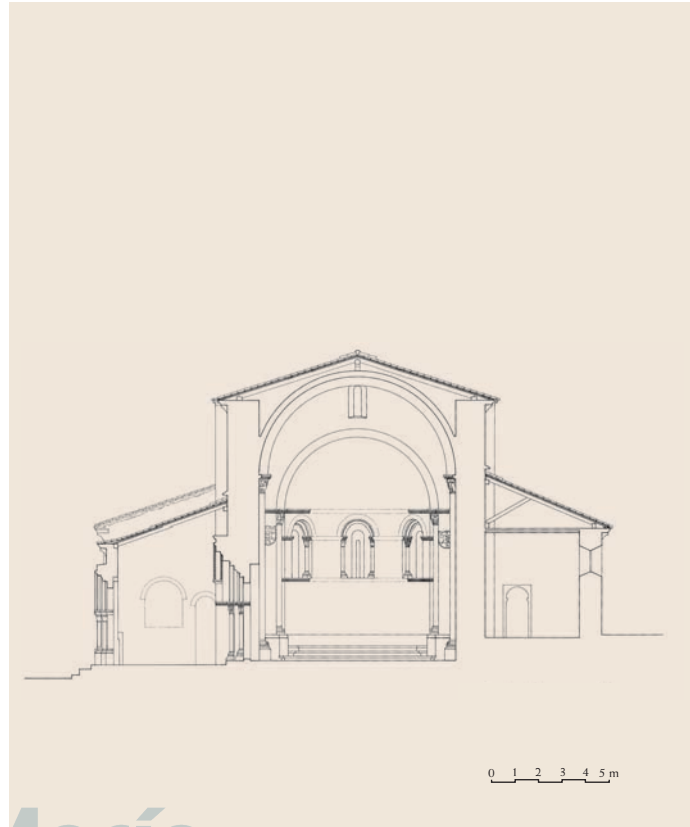
Planta



Santa María la Real fundación

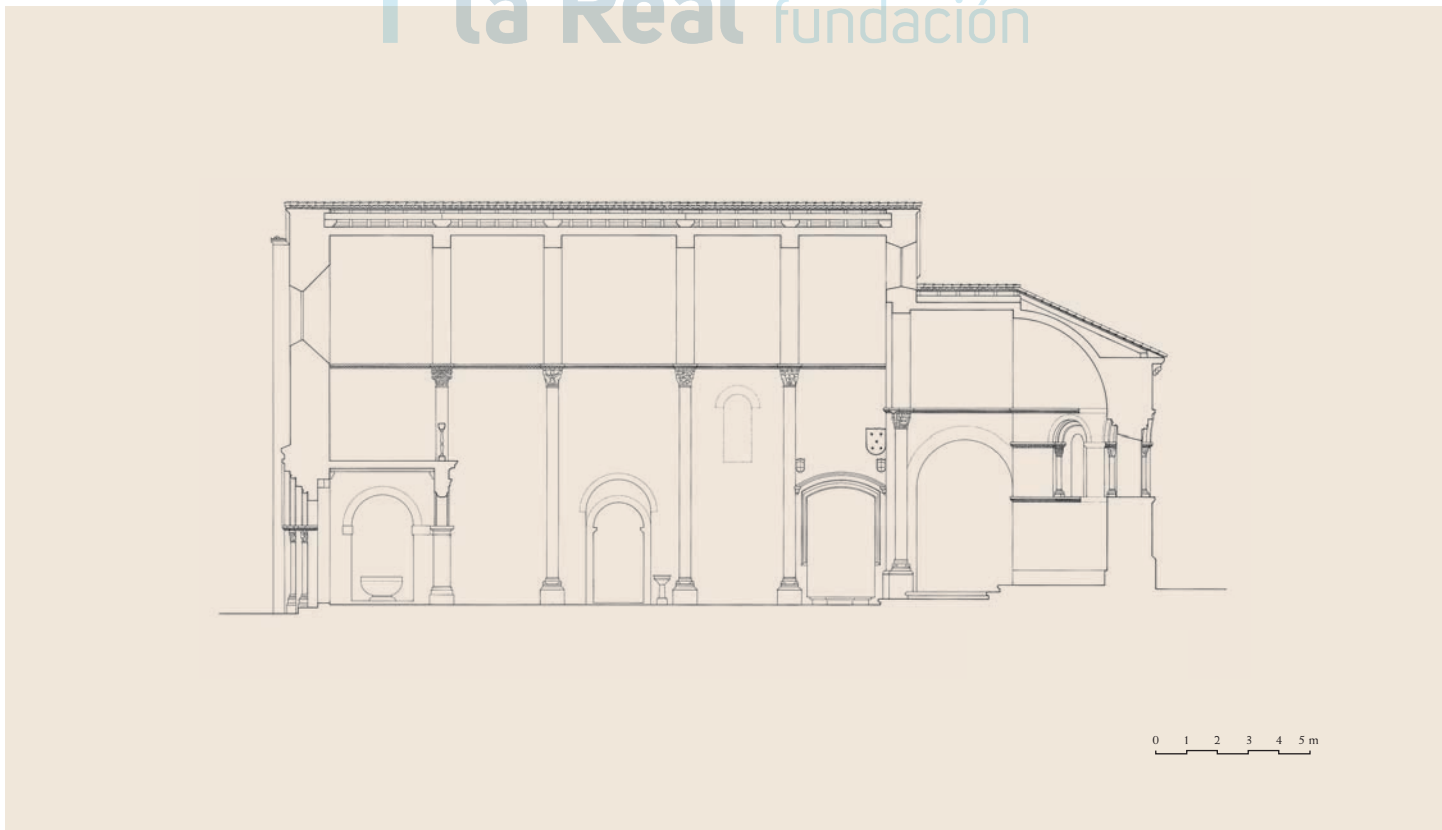


Alzado este



Sección transversal

Sección longitudinal



Santa María
la Real fundación

bable que estos arcos se situasen en origen como en San Martín, sobre la continuación de la imposta inferior del hemiciclo, y fuesen recolocados a más altura tras la supresión de las capillas adosadas. En ambos lados son evidentes las rozas de las bóvedas y vestigios de los muros de las desaparecidas capillas laterales que recubrían la cabecera hasta las semicolumnas del hemiciclo. Muy rehechas, las columnas y los capiteles que las coronan parecen fruto de la última restauración, cuando fueron suprimidas dichas capillas y condenado el paso que las daba servicio —mediante sendos arcos de medio punto— desde el interior de la cabecera. Ambas cestas copian modelos de los originales, así los estilizados grifos rampantes afrontados que vemos en las portadas occidental y norte reproducidos en el muro norte del presbiterio, y las aves afrontadas y opuestas que incurvan sus cuerpos para picarse las patas, copiado de una cesta de la portada septentrional. Al interior, los muros del presbiterio aparecen sumamente modificados por la apertura de sendos arcos de medio punto que daban servicio a las antes referidas capillas laterales hoy eliminadas, sólo restando vestigios de la imposta con triple hilera de fino taqueado sobre la que voltea la bóveda de cañón que cubre el tramo.

El paramento interno del ábside se articula como al exterior en dos niveles, delimitados por respectivas impostas que fueron parcialmente fracturadas al colocar el hoy eliminado retablo mayor. La inferior, que corre a la altura del alféizar de las ventanas, se decora con friso de rosetas hexapétalas inscritas en clípeos vegetales. En los laterales de este piso bajo se disponen dos credencias románicas; la sita en la zona septentrional muestra un arco polilobulado de cinco lóbulos inscrito en un marco rectangular, mientras que la meridional, modificada en su zona inferior, presenta un curioso arco trilobulado. La imposta que delimita el cuerpo de ventanas, sobre que la que se alza la bóveda de horno que cubre el ábside, se decora con triple hilera de tacos.

Como al inicio señalamos, la nave se divide en cinco tramos, ligeramente más amplio el tercero de ellos, en cuyo muro norte se abre la portada. Es notablemente más alta que la cabecera, lo que permite la apertura en su hastial de un vano de arco de medio punto y abocinado hacia el interior que la da luz por el este; el resto de las ventanas, que se abrían en cada tramo del muro septentrional, fueron cegadas por las reformas posteriores, siendo visibles sus rozas.

Marcan los tramos, al interior, semicolumnas sobre basamentos prismáticos rematados en chaflán y basas áticas de amplio toro inferior con bolas y plintos, columnas que soportan los fajones de la rehecha bóveda de medio

cañón, y que exteriormente se corresponden con estribos prismáticos que alcanzan la cornisa. Las coronan, bajo la imposta de fino abilletado sobre la que voltea la bóveda, una serie de ocho espléndidos capiteles figurados, en los que se recoge la mejor aportación plástica del templo. No se alzan los muros de la nave sobre el zócalo que vimos en la cabecera, sólo regruesándose el apoyo de las semicolumnas. Iniciaremos la lectura de los capiteles del muro norte por el correspondiente al tramo más occidental, cesta vegetal de collarino sogueado ornada con grandes hojas de acanto en abanico con voluminosos caulículos en las puntas, disponiéndose entre ellas palmetas y, en la zona superior, un piso de hojas similares aunque de menor tamaño. En el capitel siguiente, de espléndida factura, se figura el tema del personaje sometiendo a una pareja de grifos, a los que ase por las barbichuelas. Uno de los híbridos dirige su garra al rostro del infante, ataviado éste con túnica corta. La interpretación del tema resulta compleja, pudiéndose aventurar un sentido moralizante. Compositivamente se relaciona sin duda con los temas de la "Ascensión de Alejandro" y el denominado "Señor de los Animales".

El que sigue es, probablemente, el capitel más emblemático de la escultura del templo y uno de los más llamativos de todo el románico segoviano, y en él se labró una representación de la *Psicostasis* y los castigos infernales. Compositivamente son las figuras del arcángel San Miguel y un gran mascarón demoníaco las que marcan, en los ángulos de la cesta, la contraposición semántica entre el Bien y el Mal en esta síntesis del juicio que considera las acciones morales. Un ángel de acaracolados cabellos, dispuesto en el lateral que mira hacia los pies tras la figura de San Miguel, sostiene en un lienzo las almas de dos bienaventurados. Ante él aparece el arcángel ataviado con una túnica con ceñidor y sosteniendo la balanza con su mano izquierda, mientras que con la diestra tira hacia sí del platillo más cercano a él, en el que se dispone otro alma de un justo que junta sus manos en actitud orante; un feo demonio intenta vanamente alzarla con sus garras, artimaña que no es infrecuente en representaciones de este tema. Del otro brazo de la balanza, ocupado por una atormentada y grotesca figurilla que representa a un condenado, cuelga otro diablillo, esforzado en hacerlo caer de su lado, mientras el mismo demonio que antes veíamos que intentaba hacer ascender al justo, tira con su otra garra de la soga que rodea el cuello del pecador. El Infierno aparece presidido por un gran mascarón demoníaco cornudo, de orejas puntiagudas, ojos rehundidos y grandes fauces abiertas de enormes y puntiagudos colmillos, de la que brotan serpientes que envuelven a los demonios y atacan a los seis condenados, dispuestos en la cara que mira al altar. Se

encuentran éstos dentro de una enorme caldera, cuyo fuego es aventado por un diablillo, y sufren tormento por parte de las ya citadas serpientes y dos demonios, uno clavando su lanza en la cabeza de uno de los desdichados y el otro, alado y de aspecto grotesco, pisoteándoles con sus garras. Como es habitual, refuerza la contraposición el caos compositivo que domina la zona reservada a los castigos infernales, frente al orden de la figura angélica que porta a los elegidos.

Sigue en este muro norte el capitel historiado con la escena de la lapidación de San Esteban, quien sufre el martirio a manos de seis personajes ataviados con túnicas y portando los proyectiles. Por la alopecia de uno de ellos, el situado en el ángulo de la cesta que mira a los pies del templo, podríamos intuir que se trata de San Pablo, a tenor de la narración de los Hechos de los Apóstoles 7, 58, donde se dice que “los testigos depositaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo”, e incluso se añade que “Saulo aprobaba su muerte” (Hechos, 7, 60). Es además el único personaje que no porta piedras, sino que señala con el índice extendido de su diestra hacia arriba, mientras sujeta su manto con la otra mano. La iconografía sigue bastante fielmente el relato de las actas apostólicas, donde se narra el martirio sufrido por el primer diácono tras su discurso ante el sanedrín (Hechos 6, 8-15 y 7), añadiendo algunos detalles que hacen más comprensible la escena, como el demonio alado y tocado con capirote que inspira la felonía a uno de los ejecutores en el frente de la cesta, la *Dextera Domini* que emerge de un fondo de ondas hacia al diácono, quien arrodillado y en actitud orante recibe el martirio, o la presencia del ángel sosteniendo el alma ya nimbada de San Esteban en un lienzo, en el lateral que mira al altar.

El capitel del primer tramo del muro meridional, de collarino ornado de hojitas vueltas trepanadas, decora su cesta con dos coronas de grandes hojas de acanto acanaladas, con fuertes escotaduras, de puntas vueltas y remate de caulículos igualmente acanalados. Le sigue hacia el este un hermoso capitel vegetal con grandes hojas de acanto recortadas y de espinoso tratamiento que acogen pesados cogollos en sus puntas, completándose con un piso superior de caulículos y hojitas acogolladas. Completan las cestas de este muro una donde se figuran dos parejas de aves de cuellos entrelazados picándose las patas, bajo un piso de gruesos caulículos y, en la más oriental, una pareja de leones afrontados de colas resueltas en tallos vegetales, bajo caulículos. El motivo de las aves lo encontraremos repetido en Nuestra Señora de la Peña de Sepúlveda, Sotillo, Castiltierra, Becerril, Pecharromás, Santa María de la Sierra o la ermita de Nuestra Señora de las Vegas de Requijada.

Da paso a la cabecera desde el cuerpo de la nave un arco triunfal doblado de medio punto, que recae en semicolumnas adosadas sobre altos plintos moldurados con bocelos y basas áticas de fino toro superior, amplia escocia y grueso toro inferior, en el lado del evangelio ornado con una pareja de muy perdidas aves. El capitel que corona la columna de este lado, bajo cimacio de tallos y roleos, fue rasurado en sus extremos. Pese a las fracturas, es identificable el tema que lo orna, con la *Visitatio Sepulchri* o Tres Marías ante el sepulcro vacío de Cristo. Las Santas Mujeres, de las que ha desaparecido la central, portan los pomos de los perfumes, aparecen veladas y ante ellas, ocupando el frente de la cesta, se disponen varias figuras que representan a los soldados que custodiaban el sepulcro, armados con una lanza, otro tocado con yelmo, uno que alza con ambas manos una especie de maza o hacha y el último que sujeta un enorme podón. Ante ellos aparece el sarcófago, cuya caja se orna con una greca, dispuesto sobre cuatro columnillas y del que la lauda era alzada por la casi desaparecida figura de un ángel, del que resta la parte inferior de la túnica ornada con brocados, indumentaria bien diferenciada de las túnicas cortas de los soldados. La composición resulta en cualquier caso algo embrollada por la presencia del ángel mezclado con los soldados. El capitel frontero del lado de la epístola del triunfal se decora con cuatro arpías de largas cabelleras partidas representadas en posición frontal, con las alas explayadas, bajo cimacio ornado con greca trenzada de tallos.

La serie de canecillos que coronan el alero del cuerpo de la iglesia manifiesta diversa calidad, aunque todos denotan un estilo más evolucionado que los de la cabecera, algunos en relación con el de los capiteles del interior de la nave. Se decoran con simples hojas lisas de puntas vueltas, rematadas en piñas o caulículos, bustos humanos masculinos o femeninos y prótomos monstruosos de rasgos fieros, con frecuencia deformados por grotescas muecas, cápridos y bóvidos. Destacan, entre los del muro meridional, uno de bella ejecución figurado con una centauro amamantando a un infante, ante la desesperación de un mujer velada y de profundas arrugas que, en el can vecino, se lacera el rostro. No podemos afirmar con rotundidad que esta fuera la disposición original de las piezas —pues tanto las cubiertas como las zonas altas del muro fueron remontadas—, aunque de ser el caso, podríamos interpretar la angustia de la anciana en relación a la caída en brazos del pecado del infante. El carácter negativo se reafirma en dos de los modillones de la zona oriental de la nave, uno decorado con un anciano de profundas arrugas, acaracolada cabellera y gruesa y larga barba, que luce en sus sienes dos astas de ciervo, iconografía relacionada por



Capitel del ábside. Huida a Egipto



Canecillo del alero. Soldado



Capitel de la portada occidental



Interior

Gerardo Boto con un sentido carnavalesco. La pieza siguiente se decora con una pareja amorosamente enlazada en el acto amoroso, con tratamiento cuando menos escasamente parco en detalles. La fémica aparece desnuda, mientras que el hombre denota su condición de rústico por su capa con capirote. También en los canes del muro septentrional de la nave dominan las connotaciones negativas, con extraños híbridos como los prótomos de aire felino, enhiestas orejas y fauces rugientes de las que emergen dos haces de tallos o una serpiente que se enrolla en su cabeza mordeándole la oreja, el que conjuga un cuerpo de ave recubierto de escamas, pezuñas de cabra, cabeza felina y larga cola enroscada resuelta en un brote vegetal, la bestezuela de torso humano, cabeza grotesca tocada con birrete cónico y parte inferior de ave terminada en cola de reptil. Tres de ellos, situados sobre la portada, parecen sugerir una asociación escénica: el prótomo de un monstruo con pico de ave y tocado por un bonete cónico se dirige hacia un busto masculino barbado y de cabellera partida, de serena actitud, mientras por el otro lado también se gira hacia el personaje otro prótomo monstruoso de aire felino y fauces rugientes. Encontramos también una bestezuela híbrida con cuerpo de ave, cola serpentiforme enroscada y cabeza felina coronada por dos largos cuernos y una máscara de un personaje femenino, velado, de facciones grotescas, que separa con las manos las comisuras de los labios en gesto burlón. Junto a estos, otros muestran bustos humanos, prótomos de raposos, cápridos, bóvidos o simples bayas y caulículos.

Como ya referimos, el templo posee dos portadas, pudiéndose considerar principal la que se sitúa en el tramo central del muro norte de la nave, hacia el caserío, protegida por la galería porticada. Se abre este acceso en un antecuerpo avanzado entre los dos contrafuertes que delimitan el tercer tramo de la nave, posteriormente reforzado por dos machones que ciñen la portada y solapan parcialmente las arquivoltas y jambas exteriores. Se compone de arco de medio punto en arista viva y cinco arquivoltas, la interior y la tercera molduradas con grueso bocel entre nacelas, la segunda con una mediacaña y las dos exteriores lisas, exornadas por una cenefa de triple hilera de menudo taqueado, que en el caso de la externa hace las veces de tornapolvos. Apean los arcos en jambas escalonadas en las que se acodillan dos parejas de columnas, aunque debían ser tres, siendo eliminadas las extremas por el añadido moderno de los antes citados estribos. Estas columnas, escalonadas y en gradación, se alzan sobre zócalos en talud y plintos moldurados, y presentan basas áticas de más desarrollado toro inferior, fustes monolíticos y capiteles ornamentados. En lectura de este a oeste vemos, en la

primera cesta, acantos acanalados de espinoso tratamiento, de cuyas puntas penden palmetas acogolladas. En el interior de este lado oriental encontramos el tema de las dobles parejas de grifos rampantes afrontados que sirvió de modelo a uno de los rehechos capiteles exteriores del presbiterio, aquí sobre collarino ornado de ovas. Los cimacios de este lado se decoran con tallos ondulantes y piñas, mientras que en el otro reciben entrelazos. Los capiteles de este lado occidental se decoran, el interior, sobre collarino sogueado, con una pareja de aves afrontadas de cuellos entrelazados picándose las patas y enredadas en banda de contario, motivo similar al de una de las cestas del interior del muro sur de la nave. El capitel exterior muestra una pareja de fieros leones afrontados, dispuestos sobre corona vegetal de acantos.

En un ligero antecuerpo de la muy modificada fachada occidental se abre la otra portada, denominada "de los Perdones". Se compone de arco de medio punto liso rodeado por cuatro arquivoltas, la interior y la tercera molduradas con bocel entre mediascañas y las otras dos en arista viva, rodeadas por chambrana abilletada. Apean los arcos en jambas escalonadas coronadas por impostas corridas, decoradas con entrelazo de cestería en la mitad septentrional y tallo ondulado que acoge tetrapétalas en la otra. En las jambas se acodillan dos parejas de columnas de basas áticas sobre plintos y esbeltos fustes coronados por respectivos capiteles. En los del lado izquierdo del espectador—esto es, el norte—, el exterior muestra su cesta decorada con una pareja de arpías afrontadas de largos cuellos entrelazados por un tallo rematado en brotes acogollados. Los híbridos muestran cabezas de efebo de acaracolados cabellos, cuerpos escamosos, pezuñas de cabra y enroscadas colas de reptil. Su compañero de este lado presenta las dos parejas de grifos rampantes y afrontados de cola resuelta en tallo vegetal que ya vimos en la portada septentrional.

Más enigmático resulta el capitel interior del lado sur de la portada, donde sobre una corona inferior de acantos de fuertes escotaduras se disponen dos ángeles y ante ellos un personaje ataviado con una túnica, arrodillado en actitud por desgracia irreconocible debido al desgaste del relieve. Parece que bajo su brazo derecho se sitúa una especie de cuenco o platillo y sin duda esclarecería la interpretación la inscripción grabada en la filacteria que despliega con ambas manos el ángel situado sobre él, aunque en ella sólo acertamos a leer: *VIDE [¿NOVE?]MBRIS*. Por su parte, el ángel de la cara exterior se recoge un grueso pliegue de su manto, mientras posa su diestra sobre la cabeza de la figura postrada. Desafortunadamente, tampoco ofrece mayores precisiones la ruda copia que del capitel se ejecutó en la portada de la cercana iglesia de Cozue-



Bóveda y fajones de la nave

los de Fuentidueña. De ser correcta la interpretación como NOVEMBRIS de la segunda palabra de la inscripción, estaríamos ante una sacralizada vendimia, con un significado similar a la que ocupa uno de los capiteles de la portada occidental de San Zoilo de Carrión de los Condes, aunque todo esto lo avanzamos con los máximos reparos posibles. Por último, la cesta exterior de este lado meridional recibe un piso superior de tallos avolutados, sobre tres grandes hojas de acanto de seco tratamiento, profundas acanaladuras y remates avolutados en las puntas.

Ante la fachada septentrional se dispuso una galería porticada que evidencia un estilo más tardío que el resto del edificio, pudiéndose datar, pese a mantener su tipología románica, no antes de los años centrales del siglo XIII. El desconcertado aparejo, un notorio esvía respecto a la nave y los vestigios de otro zócalo, hacen pensar que muy probablemente fuera totalmente remontada –reutilizando los materiales originales– en época imprecisa, quizás coincidiendo con la erección de la capilla de los Luna en el segundo tercio del siglo XVI. Consta además que existía,

ante su actual portada, un cuerpo avanzado y cubierto, eliminado en el siglo pasado, y del que se guarda memoria en el pueblo. En su actual disposición se compone de portada y cuatro arcos de medio punto hacia el oeste, que apean en columnas geminadas salvo el machón central, compuesto de un haz de cuatro fustes. Quizás repitiese tal distribución hacia la cabecera, aunque sólo subsisten dos arcos, el más oriental también sobre un cuádruple haz de columnas, y el arranque del tercero, quedando el resto eliminado por el añadido de la referida capilla de los Luna. Los arcos se exornan, al exterior e interior, con guardapolvos de nace-la, coronándose los soportes con capiteles todos vegetales, de buena factura, dominando las hojas lanceoladas y las lisas partidas rematadas en gruesos caulículos o bolas, de las que en algún caso penden piñas. Dos de las cestas del lado oriental de la galería evidencian una factura más ruda y en ellas se acentúa el aire gotizante. Los fustes son todos monolíticos, alzándose sobre finas basas áticas con lengüetas y con plintos. El banco corrido de la galería moldura sus aristas son sendos boceses, y en él se grabaron,



Capitel de la nave. Ascensión de Alejandro



Capitel de la nave. Pesaje de las almas

como en muchos otros pórticos, dos alquerques. Los canes que soportan la cornisa del pórtico son la mayoría de simple nacela, salvo uno decorado con un rollo.

La portada de la galería, abierta en un breve antecuerpo y de aspecto rehecho, se compone de arco de medio punto liso exornado por dos arquivoltas, la interior moldurada con un grueso baquetón y la exterior con un bocelillo y nacela. Apean los arcos en jambas en las que se acodillan dos parejas de columnas de capiteles troncocónicos lisos. En el interior del pórtico, junto a su cierre occidental, se reutilizaron dos capiteles románicos de esquina o machón, uno de ellos decorado con hojas lanceoladas de nervio central con cogollos en las puntas y dos pisos de hojitas ensiformes; el otro, muy desgastado, muestra hojas lisas de nervio medial, remate acogollado y ramillete central. Sobre ellos se situó un escudo cuartelado con las armas de los Sarmiento y los Luna, al que rodeaba una hoy fragmentaria inscripción.

Aunque se suele considerar que la torre situada al sur, a haces de la fachada occidental, es un añadido posterior a la fábrica románica –según la opinión de Inés Ruiz Montejó–, salvo el muy reformado cuerpo superior de campanas todo parece indicar que su construcción es obra contemporánea a la de la iglesia. De planta cuadrada y potentes muros de sillería, resulta poco airosa y más bien maciza, limitándose los vanos en el piso bajo a una minúscula saetera, lo que dota al elemento de un aire defensivo reforzado por el acceso interior, desde el tramo occidental de la nave. Interiormente aparece sumamente modificada, conservando a cota algo inferior del coro renacentista una portada de dintel sobre dos ménsulas que da paso a una escalera de caracol inscrita en el ángulo nororiental de la estructura, en la que la labra a hacha de sus sillares no deja lugar a duda sobre su cronología románica. Hemos de imaginar que el acceso a la referida escalera se realizaría a través de algún elemento móvil, o bien mediante una escale-

ra de madera a lo largo de los muros, al estilo de la actual, de fábrica. El cuerpo superior, que alberga las campanas, fue modernamente reformado, aunque su estado de conservación es cuando menos preocupante.

En el interior se conserva además la pila bautismal, alojada en una moderna capilla abierta en el muro norte del tramo más occidental de la nave, lugar ocupado hasta el siglo pasado por el acceso al coro. Se trata de un ejemplar de notables proporciones, con copa semiesférica lisa sólo animada por un rebaje en la embocadura y un bocel inferior, de 138 cm de diámetro por 62 cm de altura, sobre tenante cónico de 19 cm de alto. La traza es románica, aunque su cronología es imprecisa. Junto a la pila, se guarda un muy erosionado capitel románico de 38 cm de altura, decorado con arpias de colas entrelazadas, que quizá proceda de la portada septentrional. También el muro de contención de la ladera del castillo, al sur del templo, está aparejado con sillares románicos labrados a hacha, en algunos de los cuales son visibles marcas de cantero. Del mismo modo, son numerosas las estelas discoideas medievales en todo el recinto de la iglesia.

El edificio, uno de los de mayor entidad del románico segoviano fuera del foco de la capital, es fruto de la actividad del mismo equipo que levantó el expatriado ábside de San Martín de la misma localidad, dejándose sentir el oficio de su taller escultórico en otras iglesias cercanas como las de San Julián de Cobos de Fuentidueña, La Magdalena de Vivar de Fuentidueña, San Andrés de Pecharromán, la parroquial de Cozuelos de Fuentidueña o la ermita de San Vicente de Fuentesoto. Sin embargo, el taller aquí conformado o al menos parte de sus miembros, extendieron su estilo hacia el sur y el este de la geografía segoviana, sobre todo en el románico del Duratón y de la capital (atrio sur de San Millán, canes de San Sebastián, etc.).

Como la mayoría de las fábricas de cierto porte, su construcción es el resultado de un dilatado proceso, pudiéndose determinar en función de las facturas varias fases e incluso al menos dos campañas. A una primera fase podemos adscribir la cabecera y probablemente la traza general del templo, aunque en alzado parece detenerse en la capilla. Sin que se evidencie una diferenciación de campañas, otro equipo de escultores, los mismos que trabajaron en la expatriada iglesia de San Martín de la misma villa, remataron los capiteles y canecillos de la cabecera y realizaron la pareja de capiteles del arco triunfal. Como ocurría en San Martín, parece que este taller –en cuyo estilo hay indudables herencias de lo abulense– llega únicamente a ejecutar la cabecera, aunque en nuestro caso la nave se realizó en buena sillería, participando



Capitel del arco triunfal. *Mariás ante el Sepulcro*

en su decoración un maestro excepcional, deudor de las mejores maneras de la plástica tardorrománica castellana y que manejaba un repertorio iconográfico más completo, como dejó constancia en el capitel de la *Psicostasis*. El hecho de que su calidad sólo se deje sentir en las zonas altas de la nave hace pensar que un taller intermedio se ocupó de la decoración de la portada septentrional, aunque quizás sólo se trate de diferentes manos dentro de un mismo equipo, pues es clara la relación entre el capitel de las aves del muro sur de la nave y la más ruda interpretación del mismo asunto en una cesta de la portada norte, extremo aún más evidente en el caso de los grifos afrontados que vemos en la portada norte y en la occidental. En esta puerta “de los Perdones” encontramos además la participación de un escultor de limitadas capacidades dentro del mismo estilo, que talla los capiteles de las arpias, el de los ángeles y el decorado con acantos. A una campaña más tardía –bien avanzado el siglo XIII– corres-

ponde la galería porticada, en cuyos capiteles vegetales es también notoria la duplicidad de facturas.

Los muros del presbiterio románico –que imaginamos repitiendo las arquerías exteriores al estilo de la de San Martín o su réplica de Cobos de Fuentidueña– fueron notablemente alterados por las intervenciones bajo-medievales, al abrirse en ellos sendos arcos de medio punto que comunicaban con dos capillas laterales, eliminadas en la última reforma del templo a mediados del siglo XX y en tiempos erigidas bajo el patronazgo de los Rojas, la septentrional, y los Sarmientos, la meridional. Restan los emblemas heráldicos de estas familias, con el escudo de gules ornado de trece bezantes dispuestos en cuatro series de tres y uno inferior, armas de los Sarmientos, y otro, con dos lobos de sable, uno sobre otro, y bordura de gules con ocho aspas, armas correspondientes a los Ayala. A su patronazgo y al de los Luna se deben también las actuales capillas abiertas a norte y sur del tramo oriental de la nave, la última albergando hoy un muy notable retablo pétreo renacentista. En la escale-

ra del púlpito que parte de la entrada de esta capilla se reutilizó un cimacio románico decorado con rosetas hexapétalas inscritas en clipeos, similares a las que decoran la imposta baja del interior del ábside.

Texto y fotos: JMRM - Planos: JARR

Bibliografía

AA.VV. 1979, p. 40; AA.VV. 1987a, p. 103; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 334; BOTO VARELA, G., 1995; BOTO VARELA, G., 2000, pp. 209, 230, 248, 249, 251, 272, 273, 274, 276, 279; CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, M. A., 1996, p. 170; GAILLARD, G., 1959, p. 86; GARMA MARTÍNEZ, D. de la, 1998, pp. 166-170; GÓMEZ-MORENO, C. y FREEMAN, M. B., 1961, pp. 264-196; GONZÁLEZ, T., 1829 (1982), p. 331; HERBOSA, V., 1999, p. 40; HERNANDEZ NAVAS, J., 1985, pp. 139-140, 154, 163-166, 191; HOZ ONRUBIA, J. de, 2006, p. 148; LAFORA, C. R., 1988, pp. 106-108; NÚÑEZ GONZÁLEZ, S., 1932, pp. 21-22; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), p. 713; RUIZ MONTEJO, I., 1978, p. 137; RUIZ MONTEJO, I., 1988, pp. 65-95 y 116-135; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, pp. 52, 61; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1993, pp. 55-56; SANTONJA, G., 1994, p. 75; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 140, 141.

Iglesia de San Martín

LAS RUINAS DE SAN MARTÍN se ubican en la zona más elevada del pueblo, sobre un afloramiento rocoso que alberga una necrópolis altomedieval, en la falda oriental del teso donde se asienta la fortaleza, “cerro de la desolación” en la pluma de Gonzalo Santonja. Bien poco es lo que hoy podemos contemplar de la primitiva iglesia románica, reducida a la descarnada osamenta de los muros de su nave única, levantados en el socorrido y robusto encofrado de calicanto tan frecuente en la provincia. Contrastaba con tal utilitarismo constructivo la espléndida sillería de su cabecera, compuesta de tramo presbiterial y ábside semicircular, ambos sobre basamento abocelado, emplazada donde hoy cierra el recinto un anodino muro de mampostería. Y ello debido a que, pese a estar administrativamente protegida por una declaración de Monumento Nacional, la cabecera de San Martín ingresó en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York a cambio de parte de las pinturas de San Baudelio de Berlanga, que el Museo americano adquirió para su devolución a España. Su desmantelamiento se llevó a cabo en 1958 –con la aquiescencia de las instancias culturales de nuestro país– bajo la dirección del arquitecto Alejandro Ferrant, según Gaya a su pesar, trasladándose los despojos hasta el puerto de Bilbao, de donde partieron a América. En despro-

porcionada contrapartida, el museo americano adquirió al traficante de arte León Leví una parte de las pinturas bajas de San Baudelio de Berlanga, que a modo de trueque fueron colocadas en el Museo del Prado, aunque la transacción se vistió bajo la apariencia de entregas en depósito. “Piedras a cambio de pinturas”, que tituló Gaya Nuño. El desmontaje y reconstrucción de la cabecera de Fuentidueña en el museo de “Los Claustros”, a orillas del río Hudson, fueron realizados con la asesoría de Carmen Gómez-Moreno, prolongándose los trabajos durante dos años, entre el 13 de febrero de 1958 en que llegó el barco al puerto de Nueva York y el 19 enero de 1960, siendo oficialmente inaugurada la obra el 1 de junio de 1961, ya construido el nuevo espacio que emula la nave.

Casi nulas son las noticias sobre la iglesia en la época cercana a su construcción. Sólo sabemos que en el censo y reparto de rentas ratificado por el cardenal Gil de Torres en 1247 correspondían a la mesa episcopal en “Sant Martin XXI moravedis et IX soldos”. La iglesia no se utilizaba ya a principios del siglo XVII, pues como refiere Hernandez Navas, en los libros se apunta que “no se iba a ella en procesión el día de San Mateo, como era costumbre, por estar peligrosísima y si se iba no se entraba porque está caída la techedumbre (sic.)”.



San Martín antes del traslado. Archivo de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce

Intentaremos describir lo que era aquella iglesia de San Martín a partir de lo poco que resta *in situ* y de las viajeras piedras. Fotografías anteriores al traslado nos muestran la ya referida diferencia de materiales con los que se levantaron la nave y el campanario, por un lado, y la cabecera por otro. Las primeras lo fueron en calicanto, reservándose la sillería para los esquinales y troneras de su torre —visibles en antiguas fotografías, pues apenas resta hoy un muñón—, ésta situada ocupando el ángulo noroccidental de la iglesia. Debió poseer dos portadas, al norte y sur, ya de antiguo desaparecidas y de las que restaban y restan los huecos que dejaron su expolio. Pese al notable grosor de los muros, todo indica que la nave se cubrió con madera, dada la ausencia de estribos, y frente a la opinión de Carmen Gómez-Moreno, no creemos que corresponda a campaña distinta la responsable de la cabecera, sino a simple economía de medios.

La cabecera responde a idénticos patrones que la ya analizada de San Miguel, siendo con bastante probabili-

Estado actual de las ruinas





Cabecera en su primitiva ubicación (Real Academia de Historia y Arte de San Quirce)



Muro sur del presbiterio (Real Academia de Historia y Arte de San Quirce)

Interior de la cabecera (Real Academia de Historia y Arte de San Quirce)



Detalle del interior del ábside in situ (Real Academia de Historia y Arte de San Quirce)



dad levantadas ambas por un mismo equipo de canteros y, con leves variantes, de escultores. Muestra presbiterio abovedado con cañón sobre imposta de cuatro filas de finos billetes, unido mediante doble codillo de sillería al cuerpo del templo, animado interior y exteriormente por arquerías ciegas, emplazadas sobre una imposta de nacela que corre a un tercio de altura del muro y se continúa por el hemiciclo. Al exterior, los arcos de medio punto apean en curiosas estatuas-columnas, destrozadas a pedradas, de las que la meridional se decora con un mascarón monstruoso de aire felino y fauces abiertas en actitud de engullir a un agachado atlante barbado, que ase sus piernas con sus manos en gesto de esfuerzo, pues sobre él se disponen otros dos descabezados atlantes, que recogen su túnica con anchos cinturones; éstos, arrodillados, apoyan sus piernas alternativamente en la cabeza de la figura inferior, doblando la otra contra el muro, mientras debían hacer el gesto de soportar el corto fuste que se alza sobre ellos. Corona éste un capitel con tres parejas de aves afrontadas que vuelven sus cuellos hacia atrás y un cimacio de tallos entrelazados. La columna del muro meridional del presbiterio muestra otro destrozado atlante, extremadamente grueso y en apariencia desnudo, y sobre él un capitel vegetal de dos pisos de hojas con pomos en las puntas y cimacio de tetrapétalas. Al interior se repite la estructura, aunque aquí los arcos apoyan en dobles columnas, también sobre destrozadas figuras, coronadas por lastimados capiteles ornados con esfinges y centauros, éstos probablemente arqueros, tocados con bonetes perlados y dividiendo sus dos naturalezas con un cinturón también perlado bajo el que brotan enroscados mechones.

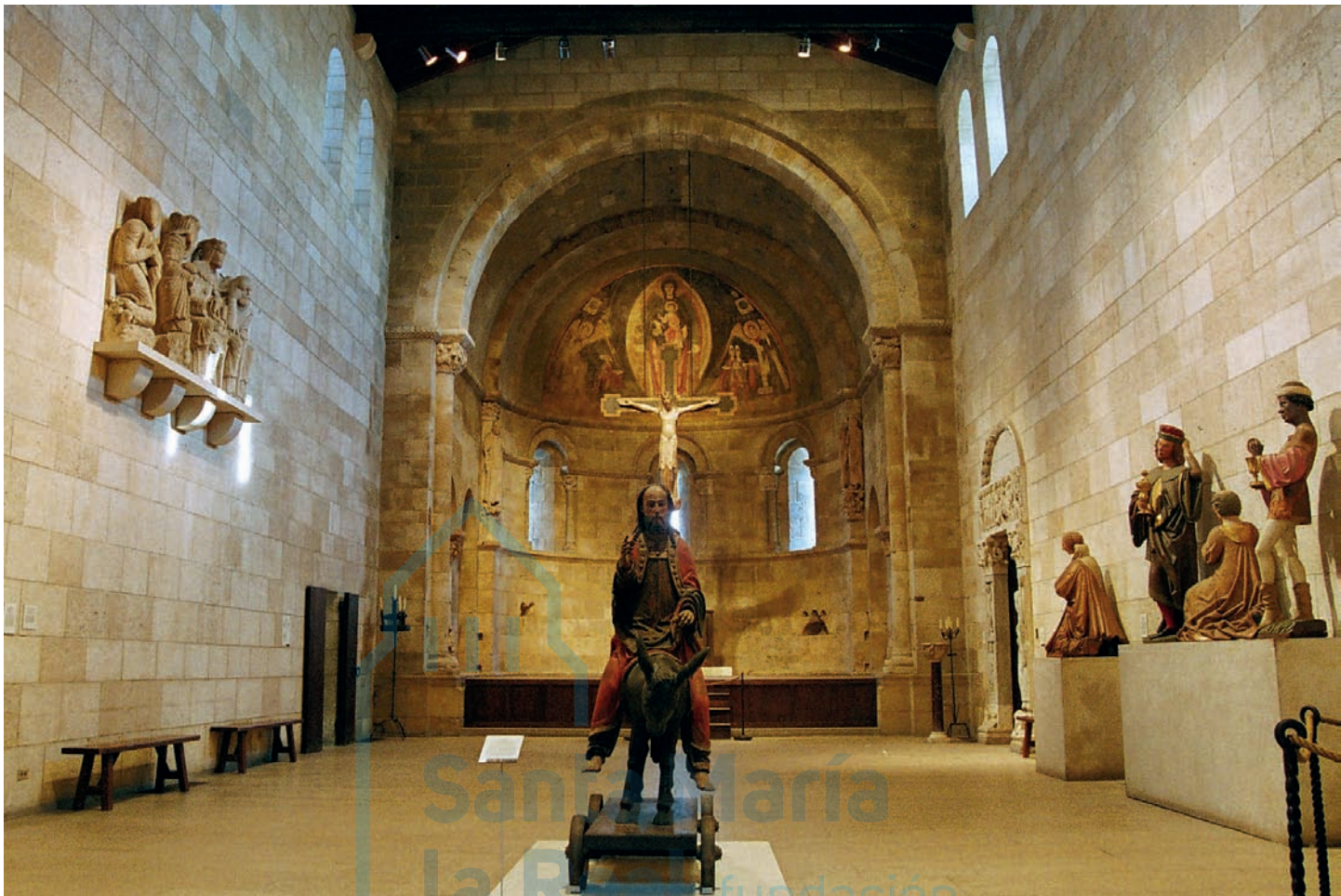
Da paso desde la nave al presbiterio un arco triunfal de medio punto y doblado, que apea en una pareja de semicolumnas, con basas áticas de grueso toro inferior con lengüetas, sobre plintos y la prolongación del banco corrido de fábrica sobre el que se asienta toda la cabecera. Coronan estas columnas entregas una pareja de capiteles historiados, bajo cimacios de hojas de hiedra y brotes apalmetados entre roleos. El del lado del evangelio recibe el tema de la Adoración de los Magos, con las monturas en la cara que mira a la nave y los tres reyes ricamente ataviados en el frente, como es tradicional dos de ellos de pie sosteniendo los presentes y el más cercano a la Sagrada Familia arrodillado. Frente a éste, la Virgen sostiene en su regazo al Niño, que avanza su brazo derecho hacia el mago, mediando entre ellos una curiosa y arbitraria forma, recreación arquitectónica de la cueva sobre la que campea la estrella. La figura de San José, tocado con bonete gallonado y ante arquitecturas figuradas, cierra en la cara oriental la escena, que en lo com-



La cabecera, junto al río Hudson. Foto de José Luis Hernando

positivo más que en lo estilístico nos recuerda la del mismo tema en el arco triunfal de San Justo de Sepúlveda. En el capitel del lado de la epístola se representó el tema de Daniel en el foso de los leones, introduciendo sus manos en las fauces y siendo respetado por las bestias, de abultadas melenas, que posan sus zarpas sobre las rodillas de la figura central. En estas dos cestas se pone de manifiesto la duplicidad de facturas dentro del mismo taller –minuciosamente analizadas por Carmen Gómez-Moreno y David L. Simon–, siendo más cuidadosa la mano que labró la Epifanía.

El hemiciclo, cubierto con bóveda de horno y en cuyo piso inferior se conservan dos credencias polilobuladas, repite al exterior la distribución vista en San Miguel, con cuatro columnas entregas que delimitan tres paños centrales en los que se abre el cuerpo de ventanas y otros dos laterales, más breves y ciegos. Sobre el zócalo, también rematado en talud, dos impostas que invaden los fustes de

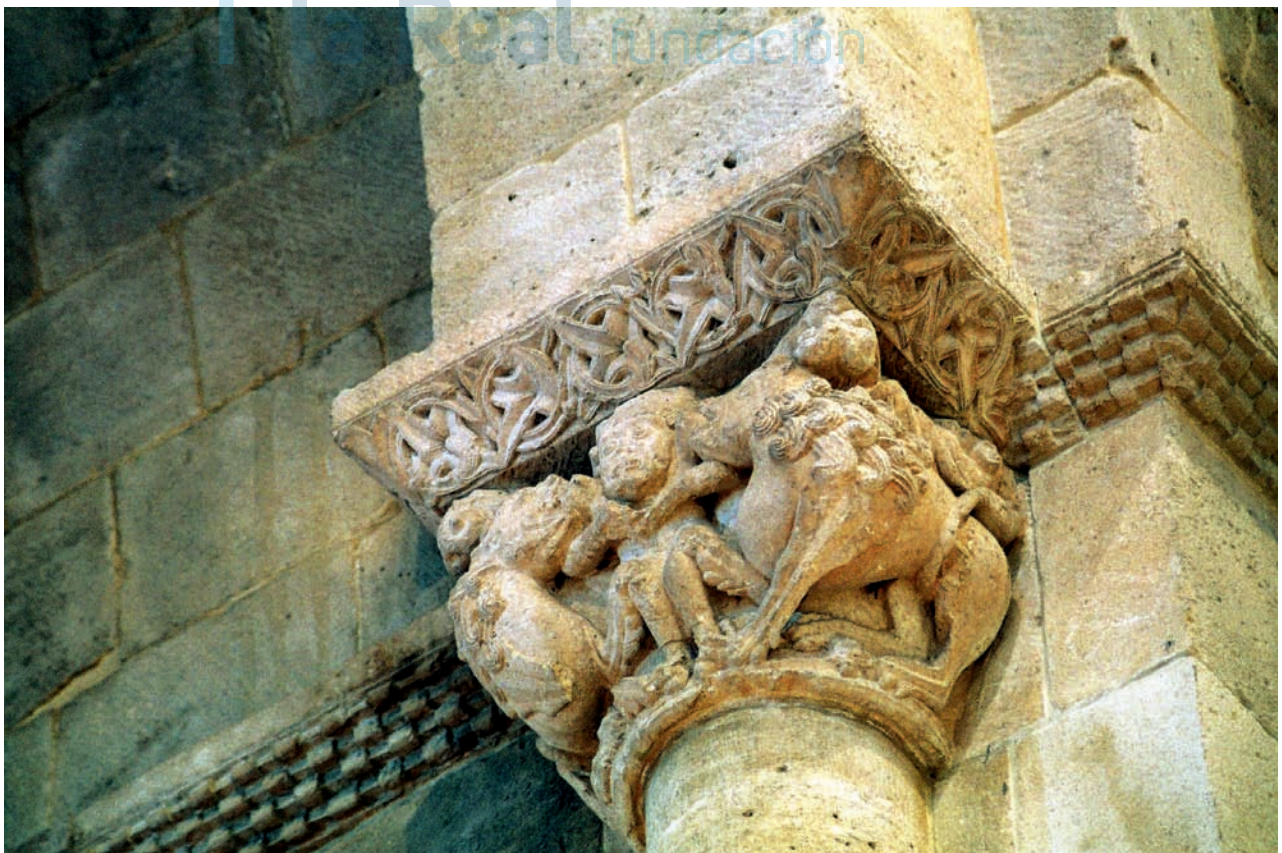


Interior, en su estado actual. Foto de Carlos Villasante

las semicolumnas delimitan horizontalmente el tambor en tres niveles; la inferior es de simple nacela, mientras que la superior, que prolonga los cimacios de los capiteles de las ventanas, recibe palmetas entre tallos entrelazados. Las ventanas, rasgadas y abocinadas al interior —donde repiten la estructura con leves variantes decorativas—, se rodean de arcos de medio punto lisos con chambranas abilletadas, apeando en parejas de columnas acodilladas. Sus capiteles se decoran, entre otros motivos animalísticos, con parejas de grifos rampantes; aves bicéfalas de alas explayadas; un mascarón monstruoso que devora las colas de dos dragones con cabezas de ave, a su vez picado en las orejas por éstos, composición que se repite con la variante de morder las alas de dos basiliscos; parejas de arpías masculinas frontales; sirenas de doble cola alzada; rapaces atacando una máscara humana central y aves de largos cuellos agachados picándose las patas enredadas en follaje, motivos estos dos últimos que veremos repetirse fielmente en el interior de Nuestra Señora de La Asunción de Duratón. Otro de los capiteles, el derecho de la ventana central, al interior,

muestra dos parejas de aves opuestas que vuelven sus cuellos para picar las granas de un tallo central, que se divide en dos ramas que enredan los cuellos de los animales, dibujando al juntar también sus colas una forma acorazonada. Este motivo tendrá una amplia repercusión en el románico segoviano, y así lo encontramos, con escasas variantes aunque diversas facturas, en las portadas occidentales de San Miguel de Turégano, Tenzuela y la Santísima Trinidad de Segovia, en uno de los formeros de Rebollo, un capitel de ventana de San Justo de Sepúlveda, otro interior de Duratón, etc.

Soporta la abilletada cornisa del hemiciclo una serie de espléndidos canecillos, en la que se integran los cuatro capiteles que coronan las columnas entregas, decorados éstos con parejas de grifos rampantes afrontados entre follaje, entrelazo de cestería bellamente calado, arpías femeninas de cabellera partida y alas explayadas —de progenie abulense y que volveremos a encontrar con idéntico tratamiento en el interior de la Virgen de la Peña de Sepúlveda y en Cerezo de Arriba, entre otros luga-



Capiteles del arco triunfal. Fotos de Carlos Villasante

res—, y dos parejas de felinos afrontados de agachadas testas, vomitando tallos que se enredan en el centro de la cesta, de neta raigambre abulense y notable éxito en tierras segovianas. En los canes vamos a ver desplegados algunos de los motivos que ya observamos en la cabecera de San Miguel y que serán difundidos —y repetidos hasta vulgarizar las formas— a lo largo de casi toda la geografía provincial por numerosas cuadrillas de escultores: un lector con códice abierto sobre sus rodillas; un felino agachado volviendo su rugiente cabeza; un monstruo engullendo la cabeza de un personajillo que le agarra las orejas; una figura femenina con toca plisada y grueso manto de pliegues aplastados y oblicuos, resueltos en zigzag; varias figuras, la mayoría masculinas, sedentes o de pie, algunas con instrumentos musicales, un acróbata, tallos enroscados dibujando una S en la que se alojan dos lises, prótomos de animales, etc. Destacamos de la amplia serie la asociación de dos canes representando el Pecado Original, con Adán desnudo tapándose sus partes con una hoja y la serpiente enroscada al tronco de un árbol, aunque falta la figura de Eva, así como otra pieza con la excelente representación de un castillo o mejor la puerta de una muralla, flanqueada por dos torres almenadas y con tres pisos de arquillos de medio punto.

Al interior, en los codillos que articulan el presbiterio y el hemiciclo, se disponen dos sorprendentes estatuas columna en las que, rozando el bulto redondo, se labraron una Anunciación en el lado de la epístola y un obispo en el del evangelio, muy probablemente a San Martín, patrón del templo, éste bajo capitel de dos pisos de acantos y remate avolutado y apoyando sus pies sobre los lomos de dos felinos. Viste ropa talar, tocando su erosionada cabeza con una fragmentada mitra, siendo claramente visibles los dos extremos de la estola y el cingulo bajo la casulla y sobre el alba, ambas prendas con ricos brocados. Pese a la algo rígida concepción de la anatomía, la figura adquiere cierto movimiento por el juego y la caída de los paños, con pliegues curvos sobre las piernas y los dos en tubo de órgano entre ellas, cuya simetría contrasta con la diversidad adoptada por la casulla debido a la posición de los brazos, con pliegues repartidos en abanico sobre el pecho y dos cascadas de pliegues escalonados en zigzag en los laterales. La fractura de las manos no permite determinar cual era su actitud, aunque podemos suponer que bendecía con la diestra y portaría un báculo o libro en la otra. Su canon se aproxima al de siete cabezas.

Las dos figuras del esquinal del lado de la epístola son claramente identificables como el arcángel y María gracias a la filacteria que porta el primero, en la que a duras penas se lee: AVE (M)AR(I)A GRA(TI)A PLENA.

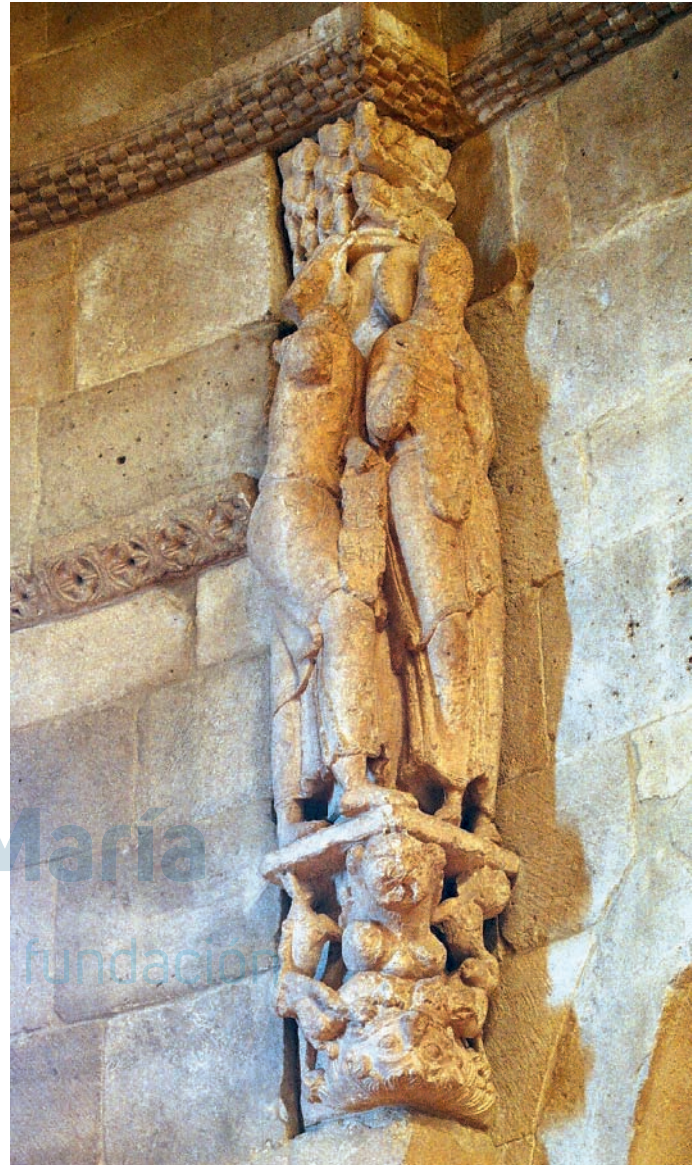
El alado y descabezado Gabriel se dirige con un gesto de avance hacia la Virgen, nimbada, que muestra la tradicional actitud levantando ambas manos mostrando las palmas, proporcionando efectos de volumen por el arremolinamiento del manto sobre el pecho, recorrido por amplios pliegues paralelos y otros en U. Los juegos de pliegues de las túnicas y mantos repiten los estereotipos antes señalados en la de San Martín, aunque aquí existe un mayor estudio anatómico, movimiento y por tanto tensión de los paños. Se alza la escena de la Anunciación sobre un relieve con un *glouton* y seres monstruosos de aire felino, con potentes garras, que parecen ser devorados por el mascarón. En el capitel que corona el grupo se representó una Natividad y Adoración de los pastores atípica por la distribución de las figuras, con dos rústicos en un lateral dirigiéndose hacia la otra cara, donde vemos a María tendida en el lecho y sobre ella, en paralelo, al Niño en su cuna recibiendo el calor del buey y la mula.

Desde el punto de vista estilístico, podemos relacionar estos altorrelieves con el San Juan hoy sobre la portada de Santiago de Sepúlveda y las tres imágenes de San Miguel de Segovia, cuya filiación parece conducirnos a las figuras de la portada meridional de San Vicente de Ávila, coincidiendo así con la opinión de Gaillard, Carmen Gómez-Moreno y Vila da Vila.

Documentadas y buenas páginas se han dedicado a los avatares que llevaron a cruzar el Atlántico a unas piedras declaradas Monumento Nacional en 1931, frutos de un país empobrecido económica y culturalmente, que era el nuestro, y de un concepto del coleccionismo, que no del Patrimonio, muy en boga desde el siglo XVIII desgraciadamente hasta hoy en día. Pues pisoteados orgullos patrios aparte, nada de norteamericano tiene el expolio de los despoblados y sus arruinados templos, trasladando trillos a dormitorios o pilas bautismales a jardines de modernas urbanizaciones, e igual de absurdo resulta el Museo de los Claustros, si es que lo es, que el Arqueológico Nacional, que lógicamente no es tal. Ignoramos si la destechada cabecera de San Martín hubiera aguardado la bonanza, otra vez económica y a veces cultural, que desde el último tercio del siglo XX permite que vayamos conservando incluso lo por mor de los tiempos está en desuso, así que otórguesenos que consideremos aquella expatriación más como síntoma de un periodo por fortuna pasado —y así la calificaremos de hecho histórico—, que como afrenta actual. Y con el mismo objetivo recogemos la nota que en su espléndida *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos* publicase Gaya Nuño en 1961, justo testimonio de que no todas las voces —y había que atreverse contra tanta determinación oficial— fueron complacientes con el traslado: “En la Real Academia de



Estatua columna. San Martín. Foto de Carlos Villasante



Estatua columna. Anunciación. Foto de Carlos Villasante

Bellas Artes de San Fernando votaron en contra de la cesión de esta iglesia los señores Menéndez Pidal, Cort, Benedito, Esplá, Moisés de Huerta y el Infante de Baviera, absteniéndose o votando en blanco el marqués de Moret. En la Real Academia de la Historia, el único voto en contra fue el de don Leopoldo Torres Balbás". Escrito quede en justicia a su memoria –y a la del vizconde de Altamira, delegado de Bellas Artes de la provincia de Segovia, quien dimitió– tal rechazo a un desafuero del que fueron partícipes, junto al obispo de Segovia de entonces, otros ilustres prohombres como Sánchez-Cantón (Director del Museo del Prado), Manuel Gómez-Moreno y Gallego Burin (Directores Generales de Bellas Artes), Areilza, Ruiz Giménez o Rubio, los tres últimos, respectivamente, embajador de España en

Estados Unidos y sucesivos ministros de Educación Nacional. Remitimos al lector interesado en conocer las dos orillas de este turbia laguna de nuestro patrimonio monumental a lo escrito por James Rorimer y Carmen Gómez-Moreno por un lado, y Justo Hernansanz, José Miguel Merino y Gonzalo Santonja por el otro en las obras citadas en la bibliografía.

Texto: JMRM - Fotos: Carlos Villasante/JLHG/Archivo Real Academia de Bellas Artes de San Quirce

Bibliografía

AA.VV. 1979, p. 40; AA.VV. 1987a, pp. 101-103; BOTO VARELA, G., 2000, pp. 251, 272; GAILLARD, G., 1959, p. 86; GARMA MARTÍNEZ, D. de la, 1998, pp. 170-171; GAYA NUÑO, J. A., 1958; GAYA NUÑO, J. A.,

1961, pp. 149-150; GOLVANO HERRERO, M^a A., 1977; GÓMEZ-MORENO, C., 1961a; GÓMEZ-MORENO, C., 1961b; GÓMEZ-MORENO, C. y FREEMAN, M. B., 1961; GÓMEZ-MORENO, M^a E., 1995, p. 716; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 308; HERNANDEZ NAVAS, J., 1985, pp. 149-150, 167-170; JIMÉNEZ-BLANCO, M^a D. y MACK, C., 2004, pp. 109-112; MERINO DE CÁCERES, J. M., 1990; MERINO DE CÁCERES, J. M., 1997b; NÚÑEZ GONZÁLEZ, S., 1932, pp. 22-23; PITA ANDRA-

DE, J. M., 1975, p. 237; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 712-713; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 712-713; RORIMER, J., 1938 (1963), pp. 28-36; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, p. 77; SANTONJA GÓMEZ-AGERO, G., 1992, pp. 79-108; SANTONJA GÓMEZ-AGERO, G., 2004, pp. 45-55, 287-314; SIMON, D. L., 1984, pp. 145-149; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, doc. 141; ZAMORA CANELLADA, A., 1991, p. 368.

Ermita de la Santa Cruz

LOS ÚLTIMOS VESTIGIOS de la ermita de la Santa Cruz se encuentran encaramados sobre una suave loma empleada en la actualidad, al igual que las tierras anexas, para el cultivo de cereales. Para acceder a ella desde el pueblo hemos de tomar el camino de Las Vencías tras rebasar el puente medieval sobre el Duratón y continuar durante un kilómetro. Posteriormente, llegados a una bifurcación, seguiremos hacia la izquierda faldeando una colina a la que finalmente ascenderemos, distando en total desde el pueblo

unos 4 km. En sus proximidades se asentaba un despoblado del que restan distintos materiales y del que apunta Angulo López que se debió fundar en tiempos de Alfonso VIII por repobladores alaveses. En opinión del mismo autor dejó de tener culto antes de 1737, pues en ese año ya se bautizaba a los feligreses en la cercana iglesia de Santa María en Fuentidueña. Todo apunta a que la despoblación del lugar fue bastante anterior, pues en el censo y relación de pilas bautismales de 1587 ya aparece "Nuestra Señora de Santa Cruz"

Panorámica de las ruinas



Santa María
la Real fundación



La ermita desde el sudeste

como anejo de la parroquia de San Miguel de Fuentidueña, cotando con sólo un vecino.

Los restos que nos han llegado nos permiten intuir un templo de única nave rectangular adosada a un ábside de testero plano formando una composición telescópica al modo de las vistas en Zarzuela del Pinar, Chatún, Pinarejos, etc., en la provincia de Segovia, y en las provincias de Burgos (Pinilla de Arlanza, Villanueva de Carazo, Revenga de Muñó, entre otras) y Soria. La cabecera está construida con cajones de calicanto. El muro sur lo compone un paramento continuo.

De la nave únicamente nos ha llegado la fachada meridional, en la que se abría el ingreso principal formado por un arco escarzano. Este perfil del arco sumado a la labra de sus jambas, al descenso en el grosor del muro cerca de la cabecera de unos 80 cm a 60 cm y el cambio en

el aparejo de la fábrica, nos hace pensar que pudiera pertenecer a época posterior a la de construcción de la cabecera. Poco sabemos de los muros oeste y norte, derruidos por completo, aunque a juzgar por el arranque del hastial de los pies al sur, hemos de pensar que pertenece a la misma época que el meridional. Dado el escaso grosor de los muros hemos de suponer una sencilla cubierta de madera para la nave.

Daba acceso a la cabecera un arco triunfal, probablemente redondo, que reposaba en pilastras con el alma de calicanto y forradas en sillería. En sus muros se abrían arcos de medio punto ciegos que compaginaban las funciones tectónica y decorativa. Se disponían tres a norte y sur y dos al este, sobre los que se volteaba una bóveda de medio cañón de mampostería enjalbegada como todo el interior del templo. Sobre ellos se conservan las huellas de

*Interior de las ruinas*

una hilera de sillares dispuesta a lo largo del muro. La única iluminación llegaba de un vano abierto en el testero. Al exterior se reforzaban los esquinales con sillería; también quedan las rozas de grandes vigas de madera dispuestas en horizontal a la altura de los riñones de las bóvedas.

Texto: RMB - Fotos: JNG

Bibliografía

ANGULO LÓPEZ, J. M., 2004, p. 130; GONZÁLEZ, T., 1829 (1982), p. 331; HERNANDEZ NAVAS, J., 1985, pp. 176-177; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, p. 404.

Ermita de Santa María de Valcabado

SE ENCUENTRA aproximadamente a 2,5 km al norte de la localidad, en el valle que forma el Duratón, muy cerca de la carretera que se dirige a Sacramenia. La tradición recoge la existencia también aquí de otro núcleo de población, aunque los restos que se disponen en el entorno de la ermita son mucho más reducidos que los que afloran en Santa Cruz.

El templo, bajo la advocación de Santa María –o Nuestra Señora de Valcabado– es otro de los edificios reducidos a ruina total. Se componía de una cabecera

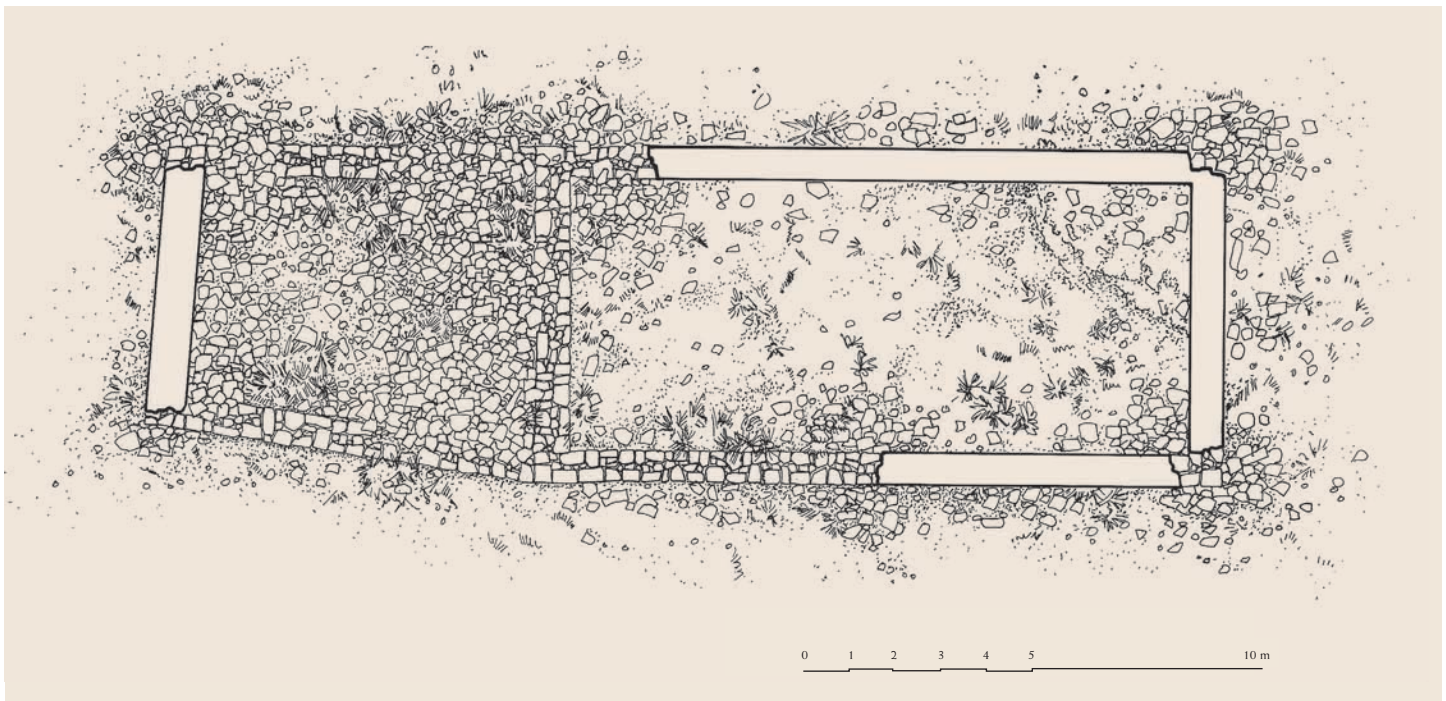
cuadrangular y una nave de la misma anchura, con espadaña a los pies, construido todo en menuda mampostería con los esquinales de sillería, que una vez más ha desaparecido. Su hechura lo mismo pudiera corresponder al siglo XIII que a los siglos XVII o XVIII.

Hoy su entorno está ocupado por peladas fincas de labor pero una descripción de 1709 habla de que se hallaba en un entorno de olmedas, con un amplio huerto delante de la puerta y una verde pradera que llegaba hasta una charca cercana. Cuidaba del edificio y de man-



Exterior de la ermita de Valcabado

Planta



tener encendida siempre la lámpara un santero que sostenía la propia villa y los pueblos de Sacramenia, Pecharrromán y Vivar, pero a lo largo del siglo XIX el abandono se fue consumando hasta que en 1865 se trasladaron a la iglesia de Santa María la imagen titular –una talla gótica, mutilada para vestirla, cuyo paradero desconocemos– y

el altar, dejando igualmente de celebrarse la romería que tenía lugar el 8 de septiembre.

Texto y fotos: JNG - Plano: JARR

Bibliografía

ANGULO LÓPEZ, J. M., 2004, p. 131; HERNANSANZ NAVAS, J., 1985, p. 176.

